

BOLSILLOS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

FLORES PARA UN CANALLA MUERTO

Clark Carrados



CLARK CARRADOS

Flores para un canalla muerto

Colección PUNTO ROJO nº 1057. Bruguera – jul/1982

CAPÍTULO PRIMERO

Durante unos momentos, los dos amantes permanecieron todavía estrechamente abrazados, silenciosos, jadeantes, los cuerpos desnudos mojados por el sudor, tratando de recuperarse del esfuerzo de la pasión. Al cabo de unos momentos, el hombre se incorporó y sonrió satisfecho.

—Eres muy buena —dijo

Ella rió, no menos satisfecha.

—Valgo lo que peso —contestó.

—No lo dudes. Con tu permiso, voy un momento al baño.

Desnudo como estaba, el hombre cruzó el dormitorio y abrió la puerta que daba al baño. Cerró a continuación y se contempló unos momentos en el espejo.

Tenía cincuenta años, pero aparentaba fácilmente siete u ocho menos. Apenas se veían algunas canas en sus sienes y los cuidados corporales le evitaban la grasa en el abdomen. No tenía arrugas en la cara y, aunque con algunas piezas postizas, al sonreír mostraba una dentadura deslumbrante.

Además, poseía una considerable fortuna. ¿Podía pedir algo más?, se preguntó. Sobre todo, si pensaba en la hermosa mujer que estaba en el dormitorio, ardiente, voluptuosa, experta conocedora de todas las artes amatorias... «A su lado, una oriental es como una colegiala», se dijo.

Abrió el grifo de la ducha. Se refrescaría un poco y luego se vestiría para marcharse. La hora era ya muy avanzada y no convenía que le viesen salir del edificio.

Tampoco le habían visto entrar, por supuesto. Tenía una reputación y debía cuidarla. Ello, sin contar con que la dama en cuestión tenía dueño legal y que podía organizarse un lío mayúsculo si la cosa se hacía pública.

«Debo conservar mi imagen», pensó. Y, en el mismo instante, vio un movimiento extraño a través del espejo del lavabo.

—¿Quieres ducharte conmigo, encanto? —sonrió.

—Yo no soy ella —dijo una voz siseante.

El hombre se volvió y la boca de la pistola, con silenciador, a un metro de su frente, fue la última visión que tuvo en este mundo.

Ni la pistola ni él hicieron ruido. El asesino desapareció tan silenciosamente como había llegado.

Transcurrieron unos minutos. La mujer empezó a impacientarse por la tardanza de su amante.

Consultó el reloj. Pasaban ya de las cuatro de la madrugada. Pronto amanecería y él le había prometido marcharse antes de que se hiciera de día.

Inquieta, saltó de la cama y corrió hacia el baño. Abrió la puerta y creyó que se caía redonda al ver el cuerpo tendido sobre las frías losas blancas y negras.

Había sangre bajo la cabeza del hombre. Durante un minuto largo, la mujer estuvo agarrada al marco de la puerta con las dos manos, luchando para vencer el horrible mareo que la había acometido.

Al cabo de un rato, logró recuperarse. Debía hacer algo, se dijo. No podía llamar a la policía, porque la noticia causaría un escándalo fenomenal en la población. Ya iba a ser mucho que lo encontrasen muerto de un tiro, pero... ¿cómo deshacerse de él?

Tardó unos minutos en dar con la solución. Apagó la luz del baño y abrió la ventana. Nunca había hecho un esfuerzo semejante, pero la desesperación y el pánico le infundieron unas fuerzas y una potencia muscular que jamás se habría imaginado poseer. De nuevo volvió a sufrir vértigos cuando oyó, catorce pisos más abajo, el horrible ruido del cuerpo al chocar contra el duro asfalto de la acera.

Todavía, sin embargo, quedaban las ropas del muerto en el apartamento. Ella recogió todo y lo guardó en una maleta. Después, limpió bien el baño y se esforzó por borrar del apartamento toda huella de la estancia de su amante. Copas, vasos, ceniceros... Dejó algunas colillas en un par de ceniceros, poniendo buen cuidado de mancharlas de carmín de labios. El hombre se había fumado un cigarro habano y arrojó la colilla al triturador de basuras.

Nunca sabrían que el crimen se había cometido en su casa. El edificio tenía veintidós pisos y, salvo las tres primeras plantas, destinadas a oficinas, los demás estaban divididos en apartamentos, muy pocos de los cuales se hallaban deshabitados. Al menos había un centenar de inquilinos y, ¿quién iba a encontrar al dueño del piso donde había muerto el hombre?

En cuanto a la maleta, más tarde la bajarla a su coche y la tiraría lejos de la ciudad, en algún lugar desierto y, naturalmente, sin ser vista.

Abajo, en la calle, había ya mucho ruido cuando volvió a la cama. Ya habían descubierto el cadáver.

* * *

El sacerdote recitó las últimas oraciones y el ataúd bajó al fondo de la fosa. Los asistentes lanzaron puñados de tierra. Una mujer dejó caer un ramo de rosas sobre el féretro.

Alguien dijo:

—Flores para un canalla muerto.

Dorian Fulton asistía a la ceremonia y miró sorprendido al autor de la frase. Era una mujer y no parecía muy afligida.

Fulton pensó que sólo él había percibido aquella frase tan poco amable para el difunto. Se preguntó por los motivos del calificativo.

La mujer era guapa, de unos treinta años, bien formada y, aunque vestía con cierta severidad, no llevaba ropajes de luto. Tenía el pelo castaño y sus ojos eran marrones.

Los asistentes al entierro empezaron a disgregarse. La mujer dio media vuelta y echó a andar hacia el camino donde estaban los automóviles.

Fulton anduvo con pasos largos, hasta alcanzarla.

—Señora...

Ella se volvió y le miró inquisitivamente.

—¿Qué desea?

—Discúlpeme, señora... Me llamo Fulton, Dorian Fulton. He asistido al entierro del difunto Bern Caidin-Koph y, sin querer, he escuchado la frase que usted ha pronunciado.

—Ah, lo de las flores para un canalla...

—Sí, señora.

—Señor Fulton, siento mucho no poder darle ahora más detalles, aunque no me importaría explicarme en otro momento.

—Cuando usted guste, señora —dijo él.

—Venga a la noche, a mi casa. Oaks Road, seis mil doscientos. Entonces le explicaré... ¿Por qué quiere usted saber qué me ha hecho exclamar semejante frase?

Fulton sonrió.

—Se lo explicaré a la noche, señora —contestó.

El hermoso rostro de la mujer se suavizó ligeramente.

—Hasta las ocho —se despidió.

Había un coche grande, negro, esperando, con chófer uniformado que mantenía abierta la portezuela. Ella se dispuso a entrar en el vehículo, pero se volvió un instante.

—Ah, no le he dicho mi nombre, señor Fulton. Soy Deeva Corbett.

Fulton se descubrió cortésmente. Había asistido a la ceremonia adecuadamente vestido, incluso con sombrero. Cuando Deeva se marchó, volvió a preguntarse una vez más quién había asesinado al único pariente que le quedaba en el mundo, cuáles eran los motivos del crimen y por qué una hermosa mujer lo había calificado de canalla.

Dentro de unas horas lo sabría, se dijo, pero, por el momento, calculó, no estaría de más echar un vistazo a los periódicos de fechas anteriores. Caidin-Koph había sido un personaje importante en Holter Bay y su muerte había provocado una enorme sensación.

* * *

En la Biblioteca Pública, se dijo, hallaría parte de lo que buscaba. Media hora más tarde, expresaba sus deseos a la bibliotecaria.

Ella le miró con curiosidad. Era una joven de unos veinticinco años, alta, espigada, vestida con un traje de corte clásico, que le infundía

una notable apariencia de severidad, a lo que contribuían las grandes gafas que llevaba y el pelo, tirante y anudado en un redondo moño, sujeto con una delgada cinta azul oscuro. Apenas si llevaba un poco de color en los labios y las mejillas parecían huérfanas de maquillaje.

—Lo siento —dijo la bibliotecaria—. No puedo darle lo que me pide.

Fulton enarcó las cejas.

—Soy forastero —declaró—. ¿Influye ello en su decisión, señora?

—No, en absoluto. Pero... no puedo.

Hubo un instante de silencio. La bibliotecaria estaba de pie, tras su mostrador, amplio, con un par de cajones repletos de fichas. Detrás había unas cortinas de color rojo oscuro, que daban sin duda a un cuartito interior. A Fulton le pareció observar un movimiento detrás de las cortinas.

De repente, creyó adivinar los motivos de la negativa. Había alguien al otro lado de las cortinas, amenazando a la bibliotecaria con un arma. Y aquella amenaza, sin duda, se debía a que no querían que examinase ciertos periódicos que podían resultar comprometedores para ciertas personas.

Forzó una sonrisa y dijo:

—Muy bien, señorita; si no puede, no quiero insistir. Buenas tardes.

Ella pareció sentir un gran alivio al escuchar la respuesta del forastero.

Fulton dio media vuelta y se encaminó hacia la salida.

Había una puerta vidriera antes de un zaguán de cierta anchura, por medio del cual se accedía al exterior. Otra puerta, también de cristales, daba directamente a la calle.

Fulton se situó a un lado de la puerta interior. Tal como había supuesto, vio salir a un tipo detrás de la cortina. El hombre dijo algo a la bibliotecaria, amenazándola con el índice. Ella, muy pálida, asintió. El sujeto esperó unos minutos junto al mostrador. Fulton se mantuvo paciente en el mismo sitio. Casi un cuarto de hora más tarde, vio llegar a otro hombre, que se unió de inmediato al anterior.

Los dos sujetos caminaron hacia la puerta. Fulton los dejó salir, el de la pistola en primer lugar. El otro salió a continuación y Fulton alargó el pie derecho, haciéndole caer sobre su compañero.

Los dos hombres rodaron por el suelo en confuso montón, blasfemando ruidosamente. Fulton se inclinó, agarró al de la pistola por el cuello de la camisa y lo dejó inconsciente de un seco derechazo. El otro empezaba a sentarse, cuando un pie le golpeó en el mentón. Acto seguido, Fulton se inclinó sobre él y lo registró rápidamente, arrebatándole unos cuantos recortes de periódico, entre los que figuraba la fotografía de un grupo de personas de ambos sexos, reunidas en lo que parecía la celebración de algún acontecimiento familiar.

Registró a los hombres y les quitó sendos revólveres. Luego volvió a

entrar en la biblioteca, enseñando los recortes de periódicos.

—Ya tengo lo que buscaba —manifestó alegremente.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Cómo lo ha conseguido?

—La amenazaron con un arma, ¿no es cierto?

—Sí —admitió la joven—. Vinieron esos dos tipos y uno se puso tras las cortinas que dan a mi despacho, ordenándome que no hiciera nada durante unos minutos. También añadió que debía negar cualquier petición relacionada con el diario local. El otro se fue a los archivos y... Pero, ¿por qué buscaban esas informaciones, si en la redacción de *The Globe* podían haberlas encontrado lo mismo?

—Tal vez allí se las negaron —contestó Fulton—, O quizá no les convenía hacerse visibles en el periódico. Parece ser que la muerte de Caidin-Koph ha provocado un escándalo más que regular —añadió.

—En algunos ambientes, desde luego —dijo ella.

—Sí, y eso es lo que me extraña. Bien, ya averiguaré qué es lo que pasó y por qué lo mataron.

La bibliotecaria le miró con curiosidad.

—¿Por qué le interesa ese crimen? —inquirió.

—Señora, Caidin-Koph era hermano de mi madre y el único pariente que me quedaba en este mundo —respondió él.

—En Holter Bay era toda una potencia, muy apreciado y estimado por la gente. Su muerte ha causado una gran sensación y hay infinidad de personas que lo lamentan profundamente. Pero...

—¿Sí?

—Señor, no me gustaría ofenderle, puesto que dice ser pariente del muerto, pero no todos pensaban que era persona decente.

—Eso es algo que no se puede evitar, señora.

—Soy soltera y me llamo Nellie Haversham —dijo la joven.

—Me llamo Dorian Fulton —sonrió él.

Miró hacia la puerta acristalada. Los dos sujetos se marchaban en aquel momento.

—Mírelos —exclamó Fulton—, Parecen unas gallinas mojadas. ¿No es divertido?

—¿Lo cree usted así, señor Fulton? —preguntó Nellie, muy seria.

—No, ciertamente, no tiene nada de divertido que alguien llame canalla a un hombre que ha muerto asesinado, señorita Haversham —contestó él gravemente.

CAPÍTULO II

Deeva en persona abrió la puerta a su visitante y sonrió acogedoramente al ver a Fulton en el umbral.

—Pase y disculpe —dijo—. Los sirvientes tienen el resto del día libre. Bueno, son dos, la cocinera y su marido, que es también mi chófer... Pero supongo que eso no le interesa demasiado.

Fulton hizo un leve movimiento de cabeza. Deeva vestía una especie de túnica oriental, de dibujos muy recargados, en los que predominaba el amarillo y el negro. El cuerpo se adivinaba espléndido bajo la flotante vestidura.

—Supongo que querrá tomar una copa —dijo Deeva, acercándose a una lujosa consola.

—No le haré ascos, señora —sonrió él.

Fulton observó el interior de la casa, que indicaba de sobras la desahogada posición económica de su dueña. Deeva era mujer con dinero, pensó.

Aceptó la copa y tomó un sorbo. Ella le indicó un sofá.

—Siéntese, hablaremos más cómodamente.

—Gracias, señora.

—Usted —dijo Deeva, después de acomodarse de costado en el diván, para dar frente a su huésped—, se está preguntando por qué pronuncié cierta frase en el entierro de Caidin-Koph. Y yo me he preguntado qué interés puede usted tener en ese cadáver.

—Era hermano de mi madre, también difunta.

—Oh... Lo ignoraba... A decir verdad, ignoraba que Bern tuviese familia... Nunca habló de ella...

—Eso significa que se relacionó con él, en tiempos.

—Sí. Fuimos amantes —admitió Deeva sin ambages.

—Y luego rompieron.

—Me abandonó.

—Tal vez por eso le llamó canalla, aunque él ya no podía escucharle.

—No. Si he de ser sincera, Bern se anticipó a mi decisión. Yo también pensaba cortar la relación que nos unió durante algún tiempo.

—Entonces, debo suponer que existen otros motivos para que le aplicase un calificativo tan poco... amable.

—Los hay. Yo tenía un buen negocio y él me lo arrebató con malas artes.

—Tengo entendido que mi tío era persona muy apreciada en Holter Bay, además de influyente.

Deeva rió desdeñosamente.

—Era sólo la cáscara, la capa exterior con la que encubría una podredumbre indescriptible —dijo—. El hombre afable, amable, caritativo, henchido de amor hacia sus semejantes, rebosante de afecto

hacia los desvalidos..., pero en realidad, voraz como un buitre hambriento y con los mismos sentimientos que un lobo carnicero. Fulton no se inmutó.

—¿Lo cree usted así, señora?

—Amigo mío, sospecho que usted ha venido a Holter Bay para saber no sólo quién lo hizo sino por qué fue muerto su tío. ¿Me equivoco?

—Hasta cierto punto, es verdad, pero debo decir también que confío en la policía local para que se aclaren dichos extremos.

—No confíe en la policía. Ellos, quizá más que ninguno, tienen interés en que se eche tierra sobre el asunto. Y no sólo efectivamente, como sobre el cadáver de su tío, sino en el sentido que usted se puede imaginar fácilmente.

—Eso me sorprende muchísimo —confesó Fulton.

—Pues es la verdad, por extraño que le parezca. Y, a propósito, ¿sabe cómo murió su tío?

—Le pegaron un tiro.

—Y luego lo arrojaron desde bastante altura, en el edificio de los Apartamentos Silver House. Estaba completamente desnudo.

Fulton respingó.

—No he leído nada semejante en los periódicos —manifestó.

—Hubo una prisa indecente por acabar el asunto —rió Deeva—. Los policías que encontraron el cuerpo lo cubrieron bien pronto con una manta. Luego llevaron ropas a la «morgue». El informe del forense dice solamente que murió a causa de una herida causada por arma de fuego. No habla para nada de la caída desde una altura de varios pisos.

—¿Significa algo para usted, señora Corbett?

—Significa, sencillamente, que Bern estaba con una dama, casada, y que el marido le pegó un tiro y luego lo arrojó por la ventana a la calle. Naturalmente, la mujer callará y no denunciará a su esposo.

—¿Sabe quién es ella?

—Ni idea —contestó Deeva. Volvió a reír—. Tendría que preguntar a la mitad de las mujeres de Holter Bay.

—Pero ella, es decir, la amante ocasional, vivía en el Silver House —alegó Fulton.

—O quizá sólo tenía alquilado el apartamento para ciertos momentos de expansión.

—La mitad de las mujeres, son muchas mujeres —sonrió Fulton—. Pero, ¿qué pasa con la otra mitad?

—Son las viejas y feas.

El joven no pudo contener una leve carcajada.

—Por lo visto, tío Bern era insaciable —observó.

—En todos los sentidos: sexo, dinero... Nunca se hartaba de nada, créame.

—Y, para usted, era un canalla.

—Le diré una cosa, amigo mío: era un canalla para la inmensa mayoría de la población, sólo que nadie se atrevía a llamárselo a la cara. Créame, cuando se supo su muerte, infinidad de personas durmieron tranquilamente después de muchos meses de insomnio.

Deeva observó durante unos segundos a su huésped.

—Pero usted —agregó—, debía de conocer a su tío...

—Muy poco —repuso Fulton—, La verdad es que hemos permanecido distanciados durante muchísimos años. Y no por rencillas familiares, sino porque vivíamos existencias distintas. No había animadversión recíproca; simplemente, falta de trato.

—Comprendo. Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—Me interesa encontrar a su asesino y saber, con exactitud, los motivos del crimen. Puede que Bern fuese un canalla para muchos, pero, al menos para mí, fue un hombre decente y, aun sin vernos en largos períodos de tiempo y desconociendo cada cual lo que hacía el otro, la persona que hizo posible que yo asistiese a la Universidad y me crease una posición. De no haber sido por su ayuda, yo no sería ahora lo que soy.

—Es admirable ese sentimiento casi filial —sonrió Deeva—. Pero le advierto de antemano que se ha embarcado en una aventura muy difícil.

—Me lo imagino —sonrió Fulton. Luego sacó la fotografía arrebatada a uno de los hampones en la Biblioteca Pública—. ¿Conoce a alguna de las personas que están aquí retratadas? —preguntó.

Deeva examinó la fotografía con curiosidad. Luego alzó la mirada.

—Conozco a casi todos los presentes —respondió—, ¿Por qué lo dice?

—Esta fotografía tiene mucho interés para alguien, hasta el punto de haber ido a la Biblioteca Pública para robarla del archivo. Incluso amenazaron a la bibliotecaria con una pistola.

—¿Cómo la consiguió usted?

—Se la quité al ladrón —sonrió Fulton—, No quería, pero al final, cedió. La verdad, no sé por qué querían robar la fotografía, si en el periódico deben de conservarse también más ejemplares e incluso el negativo. ¿Qué le parece a usted, señora Corbett?

—¿Quiere un consejo? —sugirió ella.

—Se lo agradeceré.

—Voy a darle los nombres de las personas a quienes conozco y que aparecen retratadas aquí. Usted las interrogará y puede que así consiga encontrar al asesino de su tío.

—Es una buena idea. Pero, dígame, ¿por qué lo hace, señora?

Deeva le dirigió una larga mirada.

—Si es de veras el sobrino de Bern, será también su heredero, y de este modo, puede que yo consiga recuperar lo que él me arrebató —

explicó.

* * *

Una huesuda secretaria le recibió al día siguiente en el antedespacho del director de *The Globe*. Fulton manifestó sus deseos y, a los pocos momentos, entraba en el despacho del hombre que regía los destinos del diario más importante de Holter Bay.

—Nunca supe que Bern tuviera familia —aclaró Ralph Dunston—. Para mí es una sorpresa, señor Fulton... Pero, siéntese, por favor, y dígame qué es lo que puedo hacer por usted.

El joven examinó un instante a su interlocutor. Dunston era un hombre ya de cierta edad, de aire cansado y con aspecto de estar de vuelta de todas las cosas de este mundo. Tenía la nariz colorada y bolsas bajo los párpados, lo cual le indicó que era aficionado a la bebida. «Y, probablemente, en secreto», pensó.

Sacó la fotografía y la puso delante de Dunston.

—Fue publicada en su periódico —dijo—. ¿Conoce usted a los personajes que figuran en la imagen?

Dunston se puso lívido instantáneamente. Al joven le sorprendió enormemente aquel cambio de actitud.

—¿Le pasa algo? —preguntó—, ¿Se siente mal?

—No..., no... —contestó Dunston con voz apenas audible—. Es que... verá... Bern figura en la fotografía...

—Eso ya lo sé, pero hay también otras personas y me interesa conocer su opinión acerca de ellas.

—¿Por qué quiere saberlo, señor Fulton?

—Mi tío fue asesinado. Quiero encontrar al autor de su muerte.

—En Holter Bay hay policía...

—Eso ya lo sé, pero no hay ley que me impida investigar por mi cuenta. ¿No me contesta?

—¿De dónde ha sacado la fotografía?

—De la Biblioteca Pública. Oiga, ¿qué le pasa? ¿No le gusta lo que he dicho?

Dunston se mordió los labios un instante.

—Esa fotografía fue tomada durante una fiesta que dio Bern —dijo al cabo.

—¿Y...?

—Yo también asistí. Mi fotógrafo no pudo ir y me encargó que tirase algunas placas, cosa que hice sin dificultad. Al día siguiente, se publicó una corta reseña de la fiesta y eso fue todo.

Dunston sacó un pañuelo y se secó las palmas de las manos. «Tiene miedo», dedujo el joven.

—¿Me permite la fotografía un momento? —pidió el periodista.

—Claro —accedió Fulton.

Dunston se puso en pie.

—Permítame... Voy a compararla con el original...

Fulton se quedó solo. Dunston se había marchado por una puertecita situada al fondo del despacho. Pasaron algunos minutos.

El joven empezó a impacientarse. De pronto, se dio cuenta de que la puerta a través de la que se había marchado el director del periódico, daba a su lavabo particular.

Acometido por un súbito presentimiento, se puso en pie y corrió hacia aquella puerta. Al abrir, se dio cuenta de que la parte inferior tropezaba con algo que le impedía abrirla por completo.

Empujó con fuerza y pudo cruzar el umbral. Entonces supo los motivos de la tardanza de Dunston.

El periodista yacía en el suelo, con la mejilla izquierda apoyada en el suelo. En el centro de la frente se apreciaba un redondo agujero, del cual manaba la sangre todavía.

Fulton lanzó una mirada hacia la ventana del fondo, que se veía entreabierta. Por allí había entrado y luego escapado el asesino, tras cometer su crimen.

De repente, se dio cuenta de que había unas cenizas en el suelo. Agachándose, tocó aquellos objetos oscuros con las yemas de los dedos.

Dunston sujetaba todavía una esquina de papel, parcialmente chamuscado. Era evidente que se había llevado el recorte de diario con la fotografía, para quemarlo, cosa que había conseguido en su casi totalidad, segundos antes de recibir el balazo mortal.

Con gran cuidado, retiró el trocito de papel y se lo echó al bolsillo. Dejó las cenizas en el suelo; nadie tenía por qué saber su origen.

Luego dio media vuelta, atravesó la estancia y salió al antedespacho. La secretaria le miró inquisitivamente.

—Llame a la policía, señora —dijo Fulton—, Su jefe ha sido asesinado. Sonó un agudo chillido. Luego, el ruido de un cuerpo al caer por tierra.

Fulton meneó la cabeza al ver a la mujer sin conocimiento, al pie de su mesa.

—Tendré que hacerlo yo —murmuró, mientras levantaba el auricular—. Pobrecilla, no ha podido resistir la noticia y se ha desmayado.

CAPÍTULO III

Nellie Haversham miró sonriente al hombre alto y apuesto que se acercaba a su mostrador.

—No esperaba verle de nuevo, señor Fulton —manifestó.

—Todavía seguiré unos cuantos días en Holter Bay —declaró él—. Ya conoce los motivos, ¿verdad?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Parece como si las cosas empeorasen —comentó—. Ayer fue asesinado el director de *The Globe*, casi delante de usted...

—Lo mató, supongo, el mismo que mató a mi tío y por el mismo procedimiento. Una bala en la cabeza y con silenciador. Yo estaba en el despacho y no me enteré de nada, hasta que observé la tardanza de Dunston en regresar.

—Debió de ser algo horrible. He leído otros periódicos y nadie se imagina por qué lo asesinaron.

—Yo sí lo sé —contestó el joven—. Pero ya se lo contaré en otro momento. Ahora, ¿puedo pasar a la sección de microfilmes?

—Por supuesto. ¿Qué es lo que desea examinar?

Fulton se lo dijo. Nellie rellenó una tarjeta y se la entregó.

—Primer piso, Sección C —indicó—. Ya conoce el método, me imagino.

—Desde luego. Muchas gracias, señorita Haversham.

Fulton se encaminó hacia la escalera que conducía al piso superior. Nellie quedó en el mismo sitio, observando la calle con desgana. Pronto iba a llegar su relevo y estaba deseando salir para disfrutar del sol y del aire libre, dado que hacía un tiempo espléndido.

Desde su puesto podía ver la calle. Frente al edificio, había parado un coche de color crema. Un hombre manipulaba en el motor, pero no le concedió importancia al hecho. Estaría buscando alguna posible avería, se dijo.

Fulton volvió minutos más tarde.

—No está —dijo.

Nellie se sorprendió vivamente.

—¿Ha hecho la demanda correctamente? —preguntó.

—Por tres veces, y la respuesta ha sido siempre negativa: no existe ese microfilme.

—Es extraño. Tendría que estar...

—Se lo han llevado.

Ella se sobresaltó.

—¡Por Dios! ¡Eso es imposible!

—Hace dos días, también se llevaron unos recortes de periódico.

Hubo un momento de silencio. Luego, ella dijo:

—Parece como si alguien quisiera borrar cierta noticia de la memoria

de las gentes, ¿no cree?

—Exactamente es así, sobre todo, si se tiene en cuenta que también en el periódico faltan todos los ejemplares correspondientes a la fiesta que dio mi tío y de la que se obtuvieron algunas fotografías, una de las cuales fue publicada en *The Globe*. Pero también, todas las fotografías y los negativos han desaparecido del periódico y ya no queda el menor rastro gráfico ni escrito de dicha fiesta, salvo la memoria de los asistentes a la misma que, me imagino, será muy débil.

—No entiendo. ¿Por qué tienen que ocultar que asistieron a la fiesta? —preguntó Nellie desconcertada.

—Todos, no, por supuesto, pero hay alguien a quien no le interesa se sepa que estuvo en la fiesta. Bueno, saberse, sí se sabe, pero sin las fotografías no se podrá demostrar, ¿comprende?

—¿Significa eso que hay una persona que tiene algo que ocultar?

—Con toda seguridad, así es, señorita Haversham.

Nellie quiso decir algo, pero en aquel momento llegó una mujer, algo mayor que ella. La joven hizo una breve presentación y luego cogió su bolso.

—Tengo que marcharme —sonrió.

—Mi coche está en la puerta —se ofreció Fulton.

—Pensaba ir a la playa —dijo Nellie.

—Bueno, puedo llevarla... Usted me indica el camino y la acompañaré hasta allí. Así podremos charlar un rato más, si no tiene inconveniente.

—Al contrario, será un placer.

Salieron del edificio y descendieron los seis escalones que había hasta la acera. Nellie hizo un gesto de sorpresa al ver a Fulton detenerse ante el coche de color claro.

—¿Es suyo? —preguntó.

—Por supuesto. No iré a pensar que lo he robado, ¿verdad? —dijo él jovialmente.

—No, pero... ¿Funciona bien?

Fulton se extrañó de la actitud de la joven.

—¿Por qué lo pregunta? Es un coche estupendo y nunca me ha dado motivos de queja —respondió.

—Es que... verá... Antes observé a un hombre que manipulaba en el motor...

Fulton respingó.

—¿Está segura?

—Absolutamente. Sin embargo, no sé lo que podía hacer; no me preocupé demasiado, a decir verdad. Claro que entonces no sabía que el coche era suyo.

El joven meditó unos instantes. Luego se acercó al morro y levantó la tapa. Examinó el interior durante unos momentos y luego volvió a

bajar la cubierta.

—Todo está en orden —sonrió.

—Lo celebro —dijo ella—. Bien, siga recto hasta encontrar la carretera de la costa. La playa a la que suelo acudir está un poco lejos, pero me gusta, porque es muy poco frecuentada.

—¿Tiene alma de Robinson Crusoe? —rió él, mientras accionaba la llave de contacto.

—Un poco de soledad viene bien, de cuando en cuando. El cuerpo se relaja y la mente descansa. En estos tiempos de tanta inquietud, resulta muy necesario.

El coche se puso en movimiento. A través del retrovisor, Fulton vio otro coche de color negro que arrancaba también. Ya lo había visto antes, cuando examinaba el motor, pero no había querido decir nada para no alarmar a la muchacha.

Por otra parte, ya conocía la manipulación que el desconocido había realizado en el coche y se daba cuenta de que todavía podía aguantar unos cuantos kilómetros antes de que llegase el momento de detenerse.

Poco más tarde, habían dejado atrás la ciudad. El coche negro rodaba discretamente detrás de ellos, a unos cien metros. Fulton sabía que sus dos ocupantes, probablemente los mismos a quienes había golpeado dos días antes, no les harían nada por el momento.

«Sólo quieren ser testigos de un accidente», pensó.

Durante un buen rato, charlaron de temas corrientes. Luego, de pronto, entraron en una zona de curvas, la mayor parte de las cuales daban a la costa.

El mar quedaba debajo de ellos, a una altura media de quince a veinte metros. De pronto, Nellie señaló un punto situado a lo lejos.

—Allí está la playa —exclamó.

En el mismo momento, Fulton creyó llegada la ocasión de actuar.

El coche negro se había quedado bastante rezagado. La circulación era poco menos que nula.

Frenó bruscamente.

—Nellie, salte y escóndase en esos arbustos de la derecha —ordenó perentoriamente.

* * *

Durante unos segundos, Nellie pareció estupefacta, incapaz de comprender el sentido de la orden. Fulton abrió la portezuela y la empujó con firmeza.

—Haga lo que le digo, rápido —añadió.

Desconcertada, ella se apeó y corrió hacia los arbustos señalados, sin saber por qué se portaba Fulton de forma tan extraña. Apenas se había escondido, vio que el joven aceleraba el coche y luego se tiraba fuera,

dejando que el vehículo rodase por sí solo.

Fulton se reunió con ella en un instante. En aquel punto, la carretera hacía una pronunciada curva en pendiente. Al otro lado, se iniciaba un talud casi completamente liso, que acababa en el mar, a quince metros más abajo.

El coche rompió la valla con gran estrépito, siguió rodando estruendosamente y acabó por hundirse parcialmente en las aguas que llegaban suavemente a la costa. Apenas un segundo más tarde, se oyó un chirrido de frenos.

El coche negro se paró junto al hueco abierto en la valla por el otro vehículo. Dos hombres descendieron y se acercaron al borde de la carretera.

—Creí que no iba a pasar nunca —dijo uno de ellos.

—Te dije que no fallaría. Duraría, diez, quince kilómetros como máximo, y ha saltado fuera del camino a los doce —contestó el otro.

—¿Estarán muertos?

—Probablemente, no, pero al menos, él se dará cuenta de que no le conviene meter las narices en donde no le importa. Unas semanas de hospital le harán meditar a fondo sobre la conveniencia de dejar quieto el asunto, ¿comprendes?

—En realidad, a nosotros no nos concierne...

—Claro que no, pero nos pagan para ello.

En un silencio casi absoluto, Fulton y Nellie podían escuchar perfectamente el diálogo de los dos sujetos. De pronto, Nellie se dio cuenta de que estaba sola.

Atónita, vio al joven que ya cruzaba sigilosamente la carretera, acercándose por detrás a los dos hampones. Nellie contuvo la respiración, asombrada y temerosa sin poder remediarlo.

Bruscamente, Fulton saltó hacia adelante, con los brazos extendidos. Las palmas de sus manos golpearon con fuerza sendas espaldas.

Se oyeron unos gritos de sorpresa. Nellie se puso en pie instintivamente.

Fulton se echó a reír. Cogidos en su propia trampa, los dos hampones rodaban por la empinada pendiente, agitando patéticamente brazos y piernas, en un inútil esfuerzo por detener la caída. No había matorrales ni apenas irregularidades en el talud, y continuaron rodando hasta detenerse al borde del mar, a poca distancia del coche semi hundido en las aguas.

El joven se volvió.

—Ya puede venir —gritó.

Nellie cruzó corriendo el camino y miró hacia abajo. Los hampones, aturdidos y, evidentemente magullados, hacían vivos esfuerzos por incorporarse.

—¿Qué le parece, Nellie?

—Es... increíble... ¿Por qué lo ha hecho? —preguntó ella sin salir todavía de su asombro.

—Venga, tenemos un coche de repuesto y se lo explicaré por el camino. Aunque, me parece, tendrá que suspender su sesión de playa.

—Se me han pasado las ganas, en efecto —convino la joven.

Fulton se sentó con toda desenvoltura en el otro coche. Luego arrancó y buscó un sitio apropiado para dar la vuelta.

—«Tocaron» la dirección —explicó—. Lo vi de inmediato, pero me di cuenta de que todavía podía aguantar unos kilómetros. Sabía que nos seguirían y decidí darles un buen escarmiento.

—De modo que lo sabía...

—Cuando usted me avisó del tipo que había manipulado en el motor, supuse que estaría cerca, observando lo que pasaba. No había puesto dinamita en el coche, por lo cual no existía peligro inmediato. De otro modo, no me habría ofrecido a llevarla a usted conmigo.

—Pero de este modo, se ha quedado usted sin coche —exclamó ella.

—Cierto, pero no me preocupa, ya que lo tengo asegurado... Hay otras cosas que me preocupan mucho más.

—¿Por ejemplo?

—La fiesta que dio mi tío y a la que asistieron varias personas que luego aparecieron en *The Globe* en una fotografía.

—Destruída, como todos los ejemplares y los negativos, y hasta los microfilmes de archivo —dijo Nellie.

—Cierto, y eso quiere decir que hay alguien a quien no le interesa se sepa que asistió a esa fiesta.

—¿Qué me dice de los otros invitados? Lo dirán, si es necesario...

—No —contradijo él firmemente—. Dos, por lo menos, han muerto: mi tío y Dunston. Los demás, por miedo callarán. Mejor dicho, negarán que uno de ellos asistiera a la fiesta. ¿Lo comprende ahora? Nellie asintió.

—Sí, lo entiendo —admitió—. Pero no acabo de comprender, sin embargo, por qué esa persona, sea quien sea, quiere evitar que se conozca estuvo en la fiesta que dio su tío.

—Algún motivo habrá, y eso es lo que yo pretendo averiguar, porque, sin duda, está relacionado con esos dos asesinatos.

—Su tío era persona muy apreciada...

—De labios para afuera, Nellie, no lo olvide. Estoy seguro de que tenía muchos enemigos y que ninguno de ellos ha lamentado su muerte. Pero sólo uno de ellos fue el que lo asesinó. O quizás se limitó a ordenar su muerte.

—Podía haber preguntado a esos dos hampones —sugirió ella.

—Lo sé, pero estaban armados y yo no. Además, no era el momento adecuado. Ellos querían darme una lección, usted lo oyó, y les ha pasado todo lo contrario. Ya nos hemos encontrado en dos ocasiones

y, espero, me tendrán mucho respeto a partir de ahora.

—Le veo demasiado optimista. No se confíe, señor Fulton.

El joven sonrió.

—Nellie, mi nombre es Dorian —dijo.

—Lo tendré en cuenta —repuso ella—. Pero habrá de permitirme una objeción.

—Claro. Adelante, no tema.

—Dunston quemó la fotografía que usted llevó a su despacho. Si se han destruido todas las demás y también los negativos, ¿cómo podrá probar algo, ya que no queda ninguna fotografía de la fiesta?

Fulton sonrió maliciosamente.

—Cuando me di cuenta de que dos tipos se llevaban un montón de recortes de la biblioteca, incluida la fotografía de los asistentes a la fiesta, pensé que no lo hacían por simple curiosidad. Y, para prevenirme de que me la quitasen en algún descuido mío, hice sacar varias fotocopias, que he guardado en distintos lugares. Pueden encontrar una, dos, seis, pero siempre quedarán una o dos, suficientes para demostrar algo que todavía ignoramos, pero que puede resultar decisivo para encontrar al asesino de mi tío.

—Una jugada evidentemente astuta —calificó la joven—. Supongo que no debo preguntarle dónde ha escondido esas fotocopias.

—De una de ellas tendrá usted noticias muy pronto —contestó Fulton enigmáticamente.

Cuando Nellie regresó a su casa, se encontró con un gran sobre que había llegado en el correo. Al abrirlo, encontró una de las fotocopias mencionadas por Fulton.

Sonrió para sí. Evidentemente, aquel joven apuesto era muy listo y le deseó el triunfo. Luego pensó un buen escondite para la fotografía y no tardó en encontrar uno que le pareció muy apropiado y poco menos que imposible de descubrir.

CAPÍTULO IV

El hombre era alto, delgado, de frente despejada y nariz aguileña, sobre la que cabalgaban unos lentes con montura de oro. En la puerta de su despacho había un rótulo de letras doradas en fondo negro: *R. Walleck, Abogado*.

—Y, además, era usted el secretario personal de mi tío —dijo Fulton a la mañana siguiente.

—Perdón —rogó cortésmente—, ¿Quién era su tío?

—Bern Caidin-Koph.

Las cejas de Walleck se levantaron con gesto un tanto presuntuoso.

—Nunca oí a Bern mencionar una familia —manifestó.

—Pues la tenía, aunque en el momento de su muerte, yo era el único superviviente. Tengo documentos que lo prueban, aunque eso por ahora no es lo más importante. Supongo que, como abogado, usted debe de representar los intereses legales de mi tío.

—Así es, y tengo plenos poderes...

—En los cuales yo le confirmo por ahora —dijo Fulton con todo desparpajo—. Cuando llegue la ocasión, seguirá representándome o le relevaré de sus obligaciones.

—Para ser tan joven, es usted demasiado decidido —sonrió Walleck—. Por el momento, yo pongo en duda su parentesco con el difunto. La documentación se puede falsificar.

—Es cierto, pero no sólo dispongo de documentos para probar esa relación familiar, sino también de otras pruebas; que presentaré ante el tribunal en el momento oportuno, suponiendo que usted se negase a considerarme como heredero de mi difunto tío, A propósito, ¿había hecho testamento?

—No, que yo sepa...

—Es raro. Tío Bern solía ser un hombre muy previsor.

—Lo siento, las cosas están así.

—Quizá no quiere decírmelo porque aún no se fía de mí.

—Mi obligación, en estos momentos, consiste en no fiarme del primero que venga a decirme que es el heredero del difunto señor Caidin-Koph —contestó Walleck sin inmutarse—. Sin embargo, no me opondré a que usted presente las pruebas que acrediten su parentesco con el difunto, y entonces, le daré posesión de todos sus bienes.

—Muchas gracias, pero, por ahora, repito, no es asunto que me interese con demasiada urgencia. Me interesa mucho más averiguar quién mató a mi tío y por qué. ¿Sabe usted algo al respecto?

—Sé que tenía muchos enemigos. Como toda persona que ha triunfado en esta vida, claro. Pero no se me ocurre ningún nombre...

—Yo tengo varios. Usted, quizá, pueda ser el asesino.

Walleck dio un bote en su asiento. Fulton se echó a reír.

—No lo dije en serio, naturalmente —añadió. Sacó una fotocopia de la fotografía publicada en *The Globe* y la puso delante del abogado —. Usted figura en esa imagen y una de las personas que asistieron a esa fiesta tuvo que ser el asesino.

—¿De dónde ha sacado esta fotografía? —exclamó Walleck, atónito.

Fulton se puso en pie.

—Puede quedársela —contestó—. Tengo más ejemplares y, créame, una de las personas que figuran en esa fotografía, fue el asesino de mi tío. Al menos, ordenó su muerte.

El joven se encaminó hacia la puerta.

—Si averigua algo interesante, no deje de comunicármelo —agregó, con la mano en el pomo—. He tomado un apartamento en el edificio Silver House... precisamente el lugar donde murió mi tío. ¡Buenos días, señor Walleck!

* * *

Fulton llegó a su casa y se detuvo unos momentos en el vestíbulo. El conserje atendía en aquellos momentos a un matrimonio de edad madura y esperó a que terminase para acercarse al mostrador.

Minutos después, el conserje le dirigía una cortés sonrisa.

—¿Puedo serle útil en algo, señor?

—Verá... He tomado un apartamento en este edificio, el 18 F... Por cierto, me llamo Dorian Fulton...

—Es un placer, señor Fulton. Mi nombre es Linus Miller y estoy por entero a su disposición.

—Gracias, Linus. Tengo que decirle algo... pero puede que sea un poco largo y... —Fulton puso dos billetes de cinco dólares sobre el mostrador, discretamente—. ¿A qué hora termina usted? —preguntó.

—A las siete, señor...

—Suba a mi apartamento, por favor; quiero hablar con usted, Linus.

—Bien, señor Fulton.

En aquel instante, una hermosa mujer salió de uno de los ascensores y se encaminó hacia la puerta de la calle. Era alta, de formas opulentas y con una hermosa cabellera morena. Fulton no pudo por menos de contemplarla con admiración.

—Guapa mujer, sí señor —elogió—, ¿Vive aquí, Linus?

—Sí, en el 14 B. Es la señora Dickett...

—Ah, casada.

Miller hizo un gesto ambiguo.

—Ella lo dice. Yo no he visto aún a su marido —sonrió.

Betty Dickett volvió la cara un momento y sus ojos se cruzaron con los del joven. Fulton hizo una ligera inclinación de cabeza y ella continuó andando hasta perderse de vista.

—Está bien, Linus. Le aguardo a las siete.

—Descuide, señor.

Fulton se dirigió hacia uno de los ascensores. Momentos después, estaba en el apartamento.

Después de quitarse la chaqueta, salió a la terraza, situada a dieciocho pisos. Eran casi sesenta metros y su tío, se dijo, había caído desde alguna terraza no muy alejada de la suya.

—Caído, no; lo tiraron —murmuró.

Una bala en la frente y una caída desde diez o doce pisos. No había manera de sobrevivir.

El teléfono sonó repentinamente. Fulton abandonó la terraza y se acercó al aparato.

—Fulton —dijo.

—Soy Walleck —sonó una voz al otro lado del hilo—.

—Escuche, he estado reflexionando mucho sobre lo que hemos tratado en nuestra entrevista.

—Ah, empieza a cambiar de opinión...

—Por el momento, le aplicaré el principio fundamental de toda jurisprudencia: todo acusado es inocente, hasta que se prueba su culpabilidad.

—Bueno, pero yo no soy culpable.

Escuche, es sólo un eufemismo. Quiero decir que le considero como sobrino de Bern, pero no lo admitiré oficialmente, hasta que encuentre al asesino. O lo encuentre la policía, claro, aunque me parece que esto es un caso que no llevan con demasiado entusiasmo.

—Sí, eso he oído decir —convino el joven.

—Bien, en tal caso, le ayudaré en sus esfuerzos. En ese mismo edificio vive una tal Betty Dickett. Procure interrogarla, pero con discreción. Apostaría veinte a uno a que su tío estaba con ella la noche en que fue asesinado.

—Es casada —dijo Fulton.

—Y yo soy un pingüino del Polo Norte —rió Walleck.

—No hay pingüinos en el Polo Norte —exclamó el joven, asombrado.

—Por eso, por eso... —se despidió el abogado maliciosamente.

Fulton contempló el teléfono durante unos instantes. Luego se echó a reír.

—Parece que Walleck empieza a darse cuenta por fin de dónde soplan los vientos favorables —murmuró.

Y, en aquel instante, llamaron a la puerta.

Consultó el reloj. Era demasiado pronto para el conserje. Preguntándose quién podía ser el inesperado visitante, cruzó la sala y abrió.

No era un visitante: había dos en el umbral y los conocía.

—Volvemos a vernos, muchachos —dijo alegremente.

Una pistola se hundió en su estómago.

—Adentro —dijo uno de los hampones—. Y no haga un gesto falso, o le abramos.

El sujeto que le intimidaba tenía un par de parches blancos en la cara. Su compañero tenía la mano izquierda parcialmente vendada.

—No fue un descenso agradable —comentó Fulton—. Por cierto, ¿les importarla decirme sus nombres? No creo que sea un detalle de mucha importancia, pero, vaya, siempre fastidia no saber cómo se llaman las personas que vienen a visitarlo a uno...

—Yo soy Fried Horly —dijo el de la pistola—. Mi amigo se llama Pete Lann.

—Muy bien, Fried, Pete —contestó el joven—. Ustedes han venido a buscar algo que yo les quité y, me imagino, tienen orden de conseguirlo a toda costa, ¿no es así?

—Cierto —admitió Lann—. ¿Dónde está lo que nos quitó?

Fulton se separó unos pasos de los hampones y se sentó en una butaca, cruzando las piernas con aire displicente.

—Vamos a hablar claro desde el principio, muchachos —dijo tranquilamente—. A ustedes les pagan por... digamos darme un disgusto, ¿no es así?

—Déjese de charlas inútiles y díganos dónde tiene eso que buscamos o empezaremos nosotros a registrar el apartamento, aunque tengamos que ponerlo patas arriba.

—Espere un momento, Pete —pidió el joven sin inmutarse—. ¿Cuánto les pagan a ustedes?

Lann y Horly cambiaron una mirada de asombro.

—Me pregunto qué querrá este tipo —rezongó el primero.

—Bueno, por escucharle, no perderemos gran cosa —dijo Howe—. Siempre tenemos tiempo de hacer lo que nos han ordenado...

—¿Quién? —preguntó Fulton.

—Eso no le importa a usted...

—Ya lo creo que me importa, muchachos.

Fulton se puso en pie y sacó del bolsillo un impresionante rollo de billetes de Banco.

—¿Cuánto les pagan?

—Mil dólares y los gastos —contestó Lann.

—Una miseria —calificó el joven despectivamente—. Yo les pagaré el triple, si hacen lo que les ordene.

Lann respingó.

—¿Tres mil?

—Tiene usted un oído bien afinado —sonrió el joven.

—¿Qué es lo que hemos de hacer? —gruñó Horly.

—Algo muy sencillo y que no les comprometerá a nada, si actúan tal como les indique. Primero les ordenaron «limpiar» la Biblioteca Pública de ciertos datos que parece pueden resultar comprometedores

para alguien.

—Así es —admitió Lann.

—Luego trataron de enviarme al hospital para una temporada.

—Eran las órdenes que teníamos...

—¿Quién se las dio?

Los dos hampones vacilaron, mientras se consultaban con la mirada.

Impasible, Fulton empezó a contar los billetes.

—Cuatro mil por barba —dijo.

—Reggie Kopperew —exclamó Howe rápidamente.

Fulton sonrió.

—Supongo —dijo—, que el señor Kopperew no les daría explicaciones acerca de los motivos que tenía para hacer una cosa semejante.

—Ni se nos ocurrió preguntárselo siquiera —contestó Lann.

—Sí, ya me lo imaginaba. —Fulton puso dos montones de billetes iguales sobre una mesa—. Cuatro mil para cada uno, pero escúchenme bien. Hagan todo lo que les diga Kopperew, excepto una cosa: asesinar a alguien. Si les ordena una muerte, avísenme antes, ¿entendido?

—Descuide, señor Fulton —dijo Lann.

—Y quiero también que me tengan puntualmente informado de todo lo que les mande hacer Kopperew. Pero, insisto, si se trata de un asesinato, llámenme antes.

—Hay un problema, señor —observó Howe.

—¿Sí?

—Kopperew nos envió a buscar algo... Bueno, usted lo sabe bien...

Fulton sonrió.

—No quiero que Kopperew sospeche de ustedes —contestó.

Momentos después, ponía en manos de Howe un sobre de buen tamaño.

—Ya pueden entregárselo —sonrió—. Díganle que no me resistí, que me acobardé... lo que quieran. Pero recuerden: ahora trabajan para mí. Y aún habrá más dinero si se portan decentemente.

Howe y Lann cambiaron una mirada.

—Así da gusto —dijo el primero, satisfecho.

—La verdad, ahora nos alegramos de que no esté en el hospital —añadió Lann.

Fulton se quedó solo poco después. Al día siguiente, se propuso, iría a visitar a Kopperew. Antes, sin embargo, le interesaba hablar con el conserje.

Consultó la hora. Aún faltaban treinta minutos para las siete. Fue al baño, se dio una buena ducha y luego esperó a que Miller llamase a la puerta.

CAPÍTULO V

Estudió la lista de los invitados a la fiesta, preguntándose cuál de ellos podía tener interés en que no se mencionase su asistencia. Había un número casi igual de hombres y mujeres y el total no llegaba a la decena.

Una fiesta muy Íntima, de personas muy relacionadas con su tío, pensó. Más que una fiesta, se dijo, debía de haber sido una reunión de negocios, pero, en tal caso, ¿de qué habían tratado?

Guardó la lista en el bolsillo y ascendió sin prisas las escaleras que conducían a la Biblioteca Pública, Gomo había esperado, Nellie estaba en su puesto.

La joven sonrió al verle.

—¿Todo bien?

—No puedo quejarme, sino todo lo contrario, Pero ya le diré mis cosas a la noche, si acepta mi invitación a cenar.

—Me mata la curiosidad —confesó Nellie francamente—. Venga a buscarme a mí casa a las siete y media. ¿Sabe dónde vivo?

—Lo recuerdo perfectamente. La llevé en cierta ocasión, después de haberle frustrado un rato de descanso en la playa. A propósito, Nellie, ¿siempre va así?

Ella pareció sorprenderse de la pregunta.

—No pretenderá que me disfrace de bailarina hawaiana, por ejemplo.

—Oh, claro que no, pero ese pelo... esas gafas...

Nellie sonrió suavemente.

—Lo tendré en cuenta, Dorian.

Fulton se marchó. Tenía que visitar a una persona y decidió hacerlo sin pérdida de tiempo. Media hora más tarde, estaba frente a una hermosa mujer, de unos treinta y cinco años, a quien parecía haber sacado de la cama, a juzgar por su ligera indumentaria y el enorme bostezo con que le recibió al abrir la puerta de su casa.

—Si viene a ofrecerme artículos de tocador, tengo de todo —dijo en tono hastiado.

—Usted es Sara Mortimer —sonrió Fulton.

—Sara, desde que nació. Mortimer, desde mi matrimonio con un hombre que... Pero, ¿qué demonios le importa a usted eso?

Fulton le puso delante de los ojos la fotografía de la fiesta.

—¿Lo recuerda?

Sara se puso tensa inmediatamente.

—Entre —dijo con sequedad.

—Gracias.

Ella cerró la puerta y se fue hacia un aparador con botellas. Fulton la alcanzó y sujetó la mano que ya se disponía a quitar el tapón de una de las botellas.

—Es demasiado pronto para beber —dijo.

Sara le miró un instante.

—¿Quién es usted? preguntó.

—Dorian Fulton, hijo de la difunta hermana de Bern Caidin-Koph.

Sobrevino un silencio, tenso, expectante, Luego, Sara movió la cabeza.

—Será mejor que me haga un poco de café —dijo ásperamente.

Mientras caminaba, se le abrió la bata y casi se le cayó, dejando al descubierto el breve camión, pero apenas si hizo algo por arreglarse. Fulton la siguió y aguardó a que ella hubiera puesto la cafetera al fuego.

—Estuve en aquella fiesta, sí —habló al cabo de un buen rato—. Pero, ¿qué interés tiene usted en el asunto? —Rió nerviosamente—. Ah, ya, era sobrino de Bern... Por cierto, él nunca le mencionó a usted.

—¿Cómo lo sabe?

—Tuvimos muchos momentos de intimidad. Jamás mencionó a su familia.

—Era muy discreto en ese aspecto —respondió el joven—. Señora Mortimer, ¿de qué trataron en la fiesta?

—Fue una reunión amistosa...

—Eso no cuela. Tuvieron que discutir algo, tratar asuntos de importancia, negocios, qué sé yo... No era el cumpleaños de mi tío y, en todo caso, había asistido mucha más gente. ¿Por qué no se sincera conmigo?

Sara se mordió los labios.

—Está bien. Le contaré cuál fue el motivo principal de la reunión. Oiga, ¿no tiene un cigarrillo?

—No fumo, pero si me indica dónde los tiene usted...

—En mi dormitorio hay un paquete. Traiga también el encendedor. El café está a punto de hervir.

—Muy bien.

Fulton abandonó la cocina y encontró el dormitorio, que olía intensamente a perfume caro. Vio el tabaco y, cuando alargaba la mano, la casa pareció sacudida por un violento terremoto.

Tardó unos segundos en comprender que se había producido una explosión. Un tabique se derrumbó con gran estrépito. Sonaron ruidos de vidrios rotos y crujidos de muebles destrozados por la explosión.

Fulton corrió hacia la cocina y vio algo que le hizo sentir náuseas. Aquello no parecía un ser humano, vivo y palpitante sólo un minuto antes.

Apartó la mirada de aquel montón de despojos sanguinolentos. Percibió olor a gas y, para evitar una segunda explosión, buscó la llave de paso, que cerró de inmediato. No se molestó en llamar a la policía; la explosión había hecho demasiado ruido para que no acudiera alguien a investigar muy pronto.

Maldijo entre dientes. Sara Mortimer ya no le diría cuáles habían sido los motivos verdaderos de la reunión en la residencia de su tío. ¿De qué habían tratado «realmente»?

* * *

Una rubia muy pintada, de senos espectaculares y falda que parecía ir a reventar en cualquier momento, le recibió en un antedespacho amueblado de forma corriente, aunque con ciertas pretensiones de elegancia. La rubia mascaba chicle continuamente, pero sonrió de modo provocativo al ver a un visitante de apariencia tan agradable.

—Lo que quiera —dijo—. Pídame lo que quiera y lo tendrá, señor...

—Fulton, Dorian Fulton —sonrió el joven.

—Melissa Smith —se presentó ella—. Libre como los pájaros, Dorian.

—Si tuviese mucho dinero, la enjaularía para siempre y guardaría la llave constantemente en el bolsillo. ¿Puedo ver a su jefe, Melissa?

Ella bajó la voz.

—¿Se refiere a King-Kong?

—¿Le gustan los gorilas?

—No le llame así o se pondrá como una fiera. Iré a anunciarle, Dorian.

—Gracias, muñeca.

Melissa se alejó con gran contoneo de caderas. Antes de abrir la puerta del fondo, simuló dejar caer algo al suelo y se inclinó hacia adelante. La falda se subió, lo que permitió ver a Fulton gran parte del portaligas negro y las bragas con puntillas del mismo color.

Ella se incorporó, volvió la cabeza, sonrió y luego tocó con los nudillos en la puerta, abriendo una rendija inmediatamente.

—Tiene una visita, jefe —anunció.

—¿Quién es? —preguntó alguien, con una voz ridículamente aflautada.

—Dice que se llama Fulton...

—¡Fulton! —La sorpresa de Kopperew era evidente—. E... está bien, dile que pase...

—Sí, señor.

Melissa hizo un gesto con la mano.

—Otro día, tráigase unos cacahuetes —bisbiseó cuando el joven pasaba por su lado.

Fulton entró en el despacho y se quedó atónito al verse ante un hombre minúsculo, de apenas un metro cincuenta de estatura. Sin embargo, el rostro de Kopperew tenía una cierta apariencia simiesca, lo cual, sin duda, había dado origen al apodo, deliberadamente exagerado por contraposición con su tamaño real.

—Así que usted es el sobrino del difunto Bern —dijo Kopperew, apenas tuvo a Fulton delante de la mesa.

El joven se percató de que la mano de Kopperew permanecía metida

dentro de un cajón. Sin duda, tenía una pistola preparada. Tomó nota del detalle, pero simuló no haberlo advertido.

—Está usted muy enterado de la vida y milagros de mi difunto tío —contestó.

—Es mi profesión —rió Kopperew—. Bien, ¿en qué puedo servirle?

—No voy armado, así que puede sacar la mano del cajón. Yo tengo que sacar algo del bolsillo y no quisiera que interpretase mal mi gesto.

—Prefiero seguir así. Saque lo que sea, señor Fulton.

—Muy bien.

El joven metió la mano en el interior de su chaqueta y extrajo una serie de cartulinas, que fue arrojando sobre la mesa, como si fueran naipes. Había al menos dos docenas y Kopperew las vio caer con ojos que se le sallan de las órbitas.

—Intentaron destruir lo que, sin duda, es una prueba que compromete muy gravemente a una persona —dijo Fulton—, No han conseguido nada, porque cuando Dunston quemó la fotografía en un recorte de periódico, yo ya había hecho unas cuantas fotocopias de la misma. Ahora la he reproducido un par de cientos de veces y tengo esas copias repartidas por muchos sitios. Demasiados, para que las encuentren todas, incluso en el supuesto de que lleguen a matarme.

Kopperew no tenía fuerzas para hablar. El joven, tras una ligera reflexión, decidió no presionar más al sujeto. Exigirle información en aquellos momentos podía resultar contraproducente. Era mejor, calculó, intentar atraerle a su bando, pero no por dinero, como había hecho con Lann y Howe, sino por persuasión, obligándole a darse cuenta de que resultaría más beneficiado si se ponía de su lado.

—Me hospedo en Silver House, apartamento 18 F —dijo—, Llámeme cuando guste, siempre que tenga algo interesante que comunicarme.

—Un momento —exclamó Kopperew—, ¿Cómo ha sabido que yo...?

—Ayer, dos gahnápiros le entregaron un sobre, ¿verdad?

—Sí...

—Yo me limité a seguirles, eso es todo.

Fulton dio media vuelta y salió del despacho. Melissa le dirigió una mirada incitante.

—¿Cuándo me enjaulas? —preguntó.

El joven sonrió. Luego sacó un par de billetes de cien, hizo un rollito y lo metió en el centro del opulento escote de la rubia.

—King-Kong telefoneará a alguien dentro de muy poco —murmuró a media voz—, ¿Puedes escucharle?

Melissa asintió. Fulton anotó un número en un papel y lo puso junto con los billetes.

—Llámame a la noche —se despidió.

Se había comprado un coche nuevo, descapotable, y sentado tras el volante, vio salir de la casa a una hermosa joven, de largos cabellos rubios, vestida con singular elegancia. El color del pelo era dorado oscuro y sus ojos tenían un maravilloso color azul. El vestido no tenía hombreras, aunque estaba sostenido por dos delgados cordones, cubiertos en parte por un chal de tul transparente.

—Hola —dijo la joven al acercarse al coche.

—¿Qué tal? —sonrió Fulton—. ¿Sabe si Nellie Haversham está en casa?

Ella se echó a reír.

—¿Tan cambiada me encuentra?

El joven se quedó estupefacto.

—Es usted...

Nellie dio la vuelta al coche y se acomodó junto al conductor.

—He devuelto a mi pelo el color natural, no llevo lentes y uso ropas menos severas. Cambia mi aspecto bastante, creo.

—No lo sabe bien —dijo él, todavía asombrado—. Pero, ¿por qué viste de forma tan poco atractiva...?

—Me resulta más cómodo, aunque debo reconocer que hice una barbaridad al teñirme el pelo. En cuanto a los lentes, los uso más bien porque estoy leyendo casi constantemente y se me fatiga mucho la vista.

—Todo aclarado —sonrió Fulton—, Menos lo que tanto interesa, claro.

—Aún no ha conseguido nada, ¿eh?

—Algo, sí... pero es un asunto muy enrevesado y, sospecho, hay personas de relieve que no quieren que se ponga en claro. Fíjese en un detalle: mi tío murió de un balazo y luego fue arrojado por la ventana de un piso alto a la calle. Pero el forense sólo mencionó en su informe la herida de bala, sin decir nada de las fracturas y contusiones que, inevitablemente, tuvo que causarle la caída, aunque ya estuviera muerto. ¿No le parece muy extraño?

—Indudablemente —convino la joven—, Pero, ¿cree que podrá averiguarlo?

—Luego le daré la respuesta —dijo él.

Poco más tarde, se acomodaban en un elegante restaurante. Fulton encargó la cena y luego sacó una copia de la fotografía, que puso delante de la muchacha. Nellie, intrigada, vio que dos de los rostros fotografiados estaban tachados por sendas aspas hechas con un grueso lápiz rojo.

—¿Qué significa esto, Dorian? —preguntó.

—Es bien sencillo. Ocho personas asistieron a la fiesta, además de mi tío, que era el anfitrión, y Dunston, en calidad de fotógrafo y reportero. Dunston no figura en la fotografía, puesto que él fue quien usó la cámara, y por eso no le he tachado la cara. En cambio, sí he

tachado la de mi tío y la de Sara Mortimer.

—¿Ha muerto esa mujer?

—Hoy mismo —contestó él—. Puso el café a calentar, ignorando que alguien había colocado un cartucho de dinamita en la cocina. Estoy vivo por puro milagro, créame, Nellie.

CAPÍTULO VI

Nellie se sintió horrorizada cuando el joven hubo explicado lo ocurrido en el apartamento de Sara Mortimer.

—Si usted hubiese llevado tabaco encima...

—Habríamos muerto los dos. Es indudable que buscaban matar a Sara, pero mi muerte no les habría quitado el sueño, sino todo lo contrario.

—¿Por qué, Dorian?

—En esa reunión, yo lo sospechaba, y Sara me lo confirmó, iban a tratar de algo muy importante. No era una reunión social ni una fiesta de cumpleaños. Habría acudido mucha más gente, ¿comprende?

—Eso le hizo sospechar...

—Sí. Sara lo admitió y se disponía a decírmelo, cuando se produjo la explosión. Bueno, me envié a su dormitorio a buscar el tabaco; el café estaba a punto de hervir..., pero la dinamita la hizo callar para siempre.

—Estoy por asegurar que el asesinato de su tío no hizo sino levantar una tapadera de una olla en ebullición, Dorian.

—Alguien quiere que siga tapada, y hasta ahora lo está consiguiendo, pero no apaga el fuego, y eso es lo malo —contestó Fulton.

—Entonces, ¿qué piensa hacer?

—Hay un tipo que es el que, según mis cálculos, se encarga de las tareas sucias. He montado un servicio de información y quizá pueda prevenir alguna acción dañina. Además de conseguir informes que me permitan llegar al fondo del asunto, naturalmente.

—Dorian, ¿puedo hacerle una pregunta? —consultó Nellie.

—¡Naturalmente, todas las que quiera! —accedió él—. Hable sin vacilar, se lo ruego.

—Gracias. La pregunta es: ¿Quería usted a su tío?

—Voy a decirle una cosa, Nellie. Mi padre murió cuando yo tenía muy pocos años. A los diecisiete perdí a mi madre. Tío Bern se encargó de mi educación y procuró que nunca me faltase nada, para conseguir que me hiciera un hombre. Realmente, fue un padre para mí, aunque debo admitir que estuvimos sin vernos lo menos diez años. Pero, al menos, nos felicitábamos por Navidad y él, hasta que yo pude desenvolverme por mí mismo, se preocupó de que no me faltase dinero para mis estudios.

—Es decir, si pecó, usted lo ha perdonado.

—En este mundo, nadie es perfecto, Nellie —dijo Fulton gravemente—. Es muy posible que otros piensen de forma completamente opuesta, y yo mismo estoy dispuesto a aceptar que pudo cometer hechos realmente perjudiciales para alguien. Incluso más, todavía: admitamos que su muerte estuviese justificada. Pero el asesino debe ser castigado.

—Una muerte justificada exime al autor de todo castigo.

—No, porque no usó de las leyes y se erigió a sí mismo en juez y verdugo. Eso es lo que debemos tener en cuenta constantemente —respondió Fulton.

—Habla usted como un abogado —sonrió la joven—. ¿Acaso lo es?

—Oh, no, en absoluto; mi profesión es, digamos, diametralmente opuesta...

De pronto, alguien pasó junto a la mesa y tropezó con Fulton. El joven se sintió tentado de protestar, pero se calló al reconocer al sujeto, que, sin embargo, se alejó como si no le hubiera visto.

Al mismo tiempo, notó un papel que caía sobre la mesa. Estaba doblado en varios pliegues y lo desdobló rápidamente.

Era un mensaje: «Dos tipos, coche verde oscuro, un poco más arriba de la puerta del restaurante. Son realmente peligrosos. Tenga cuidado», leyó.

Nellie le observó con curiosidad. Fulton sonrió, mientras guardaba el papel en el bolsillo.

—¿Es algo importante, Dorian?

—Sigamos cenando. El menú es exquisito y yo tengo un apetito de todos los diablos —contestó él alegremente.

La muchacha se dio cuenta de que Fulton le ocultaba algo, pero no quiso insistir. Fulton se comportó con toda normalidad, hasta el momento de pedir la cuenta. Una vez abonada, movió una mano.

—Aguárdeme un momento —rogó—. Voy al lavabo...

El joven se levantó y fue a los aseos. Vio una ventana, la abrió y saltó al exterior.

Había una explanada para estacionamientos de automóviles y el suyo se hallaba en aquel lugar. Se acercó al coche, levantó la tapa del maletero y sacó una goma que llevaba para casos de emergencia. Tenía también una lata con agua, que vació debajo del coche.

Con la ayuda de la goma, puso un par de litros de gasolina en la lata. Luego dio la vuelta al edificio y se acercó cautelosamente al coche de los hampones.

Estaban allí y, se dijo, Fried Horly, autor del mensaje, debía de conocerlos muy bien. Prácticamente, el coche verde oscuro era el único que había parado ante el restaurante. Se habían destacado demasiado, pensó.

Agachado, derramó la gasolina debajo de la zaga del coche de color verde oscuro. Sacó un fósforo, lo encendió y lo arrojó sobre el combustible, que se inflamó en el acto. Luego echó a correr.

Sonaron gritos de alarma. Antes de que los dos pistoleros pudieran darse cuenta, ya había ganado la esquina del edificio. Desde allí, pudo verlos abandonar precipitadamente el automóvil, que ya estaba envuelto en llamas por la parte posterior. Luego regresó al restaurante

por el mismo sitio.

Fuera, en la calle, se había producido un fenomenal escándalo. El coche de los pistoleros ardía en pompa. Dentro del restaurante reinaba una confusión absoluta. El *maître* y los camareros procuraban evacuar a los clientes por la puerta trasera.

Nellie se tranquilizó al ver aparecer a Fulton.

—He tardado un poco. Discúlpeme —rogó él cortésmente.

—Hay un coche ardiendo en la calle. Tendremos que salir por la puerta trasera, Dorian.

—No faltaría más, Nellie.

Fulton agarró el brazo de la muchacha y caminó en busca de la salida. Horly se hallaba en el exterior y cambió una mirada de complicidad con el joven. Fulton hizo un leve gesto de agradecimiento. El dinero empleado había dado sus frutos, pensó el joven, mientras se acomodaba tras el volante de su coche.

Pero no le convenía descuidarse; aquellos dos pistoleros volverían a insistir y debería tenerlo en cuenta constantemente.

* * *

Abrió la puerta del apartamento y, en el acto, percibió olor a tabaco, mezclado con un perfume muy penetrante. Por un momento, se preguntó si se habría equivocado de puerta, pero casi en el acto vio aparecer a Melissa Smith en la puerta que daba al dormitorio, con un cigarrillo colgado de la boca y una copa en la mano izquierda.

Fulton se quedó estupefacto. La secretaria vestía un peinador casi completamente transparente, debajo del cual se veían los encajes rojos y negros de la ropa interior. El portaligas y las medias eran negros y los tacones de los zapatos medían al menos diez centímetros.

—¿Cómo ha entrado aquí? —preguntó.

—Los conserjes de noche son siempre muy sensibles a las caricias de un billete de diez dólares —sonrió Melissa.

—Yo sólo mencioné un teléfono...

—El jefe dijo que vivías en Silver House, 18 F. Me pareció que sería mejor venir a verte, en lugar de usar el teléfono.

—¿A quién se lo dijo?

—Era un hombre, eso es todo lo que sé. Lo que sí puedo decirte es que después habló con un tal Rand Korvac y le dijo que tenía un trabajo para él y su compinche Sholto Banger. Korvac pidió cinco mil y el jefe dijo que bueno. No sé qué clase de trabajo puede ser...

—Yo si lo sé —contestó Fulton—. Esos cinco mil dólares servirán para pagar mi asesinato.

Melissa se espantó.

—No puede ser —exclamó.

—Muñeca, ¿en qué clase de oficina te crees que estás empleada? ¿Qué

hace tu jefe?

—Oh, bueno, es abogado... o dice que lo es, y representa a la gente ante los tribunales..., pero yo nunca le he visto actuar en un juicio. Más bien pienso que es procurador o algo por el estilo. Se dedica a prestar dinero para las fianzas...

—También contrata matones. —Fulton tomó la copa que Melissa sostenía aún en la mano y se bebió la mitad de un trago—. Pero, al menos hoy, la fiesta les ha costado un pico —añadió.

Ella le miraba con ojos muy abiertos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Fulton sonrió. Dejó la copa a un lado y se acercó a la rubia.

—Voy a devolverte los diez dólares que has pagado al conserje —dijo.

—No... no es necesaria...

—¿Te espera alguien?

—Nadie, en absoluto.

—Entonces, no tienes prisa en marcharte.

—Ninguna, querido.

—Entonces, ven y te contaré algunas cosas muy interesantes.

—Soy toda oídos —suspiró ella.

—Lo que tengo que decirte no se expresa con palabras —rió él, mientras rodeaba su cintura con un brazo y la empujaba hacia el dormitorio—. Llevas demasiada ropa, me parece —observó.

—Oh, sí, demasiada ropa.

—Y dices que no tienes prisa...

—Sólo tengo prisa para una cosa —dijo Melissa ardientemente.

—Yo también —contestó Fulton.

CAPÍTULO VII

Melissa se marchó temprano por la mañana, para acudir a su trabajo. Fulton fue al baño primero, se aseo y afeitó y luego puso la cafetera al fuego. A continuación llamó al conserje.

—Linus, ¿podría subir un momento?

—Sí, señor; en seguida.

El conserje apareció minutos más tarde. Fulton le ofreció una tacita de café.

—El señor Caidin-Koph murió en esta casa —dijo el joven—. Es evidente que estaba con alguien en el momento de su muerte...

—Lo siento, señor; yo no le vi entrar en el edificio. Claro que ya había dejado mi turno.

—Sí, me lo imagino. Pero lo que yo quería decirle es si sabe a quién pudo venir a visitar. Lo encontraren desnudo, y eso significa que estaba con una mujer. ¿No se le ocurre ningún nombre?

Miller meditó unos instantes.

—Hay una divorciada en la planta catorce... Vive con mucho lujo, pero no sé de dónde puede sacar el dinero. Sin embargo, me imagino que debe de tener alguien que sufraga sus gastos.

—¿Cómo se llama esa mujer?

—Sadie Wright, señor.

—¿Es guapa?

—Muchísimo. Y elegante, además... Por cierto, a la mañana siguiente del crimen, la vi salir con una maleta en las manos. Cuando volvió, ya no la traía. Pensé que se había ido de viaje, pero regresó antes de mediodía...

Fulton reflexionó unos instantes. No tardó mucho en deducir cuál había sido el contenido de la maleta.

Sonriendo, puso dos billetes de cinco dólares en la mano del conserje.

—Eso es todo, muchas gracias, Linus.

—A usted, señor.

Miller se marchó. Fulton terminó de vestirse y, poco después, bajaba a pie hasta la planta decimocuarta.

Tocó con los nudillos en una puerta y esperó unos segundos. Alguien le observó a través de una mirilla.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer, sin abrir del todo la puerta.

—Mi apellido es Fulton, señora Wright. Quizá no le diga nada, a menos que añada mi parentesco con el difunto Bern Caidin-Koph.

Sonó una exclamación de sorpresa. Luego, la puerta se abrió del todo.

—Pase —dijo ella.

La mujer era realmente hermosa, aunque ya había pasado de los treinta años. Vestía una blusa roja, atada por debajo de los senos, con lo que el estómago quedaba al descubierto, y pantalones negros, muy

ceñidos. El pelo era negro, largo, brillante y sedoso, y los ojos tenían unas pupilas verdes realmente atractivas. Pero se la veía poseída por un terrible nerviosismo, por lo que Fulton se dijo que, ante todo, debía procurar tranquilizarla.

—Será mejor que sepa algo desde ahora, señora —dijo—. No pienso emprender ninguna acción contra usted, pero, a cambio, espero que me diga todo lo que sabe acerca de la muerte de mi tío Bern.

Sadie se derrumbó. Era evidente que había estado sometida durante muchos días a una gran tensión nerviosa. Fulton, comprensivo, la dejó desahogarse, hasta que vio que ya se sentía un poco mejor.

—Cuéntemelo todo, señora —pidió—. No la haré nada, repito, porque, desde luego, sé que usted no lo mató.

—¿Por qué dice eso?

—¿Tiene una pistola con silenciador?

Sadie negó con la cabeza.

—No oí el disparo... Él estaba en el cuarto de baño... Tardaba mucho en volver y yo fui a ver si le había pasado algo... Entonces, me lo encontré tendido en el suelo... Creí que iba a morirme...

—¿Qué pasó después?

—No sé cómo disculparme... Estaba llena de pánico, compéndalo. Agarré el cuerpo y lo lancé por la ventana a la calle...

—Desnudo, ¿verdad?

Ella asintió. Fulton continuó:

—¿Qué hizo con las ropas?

—Puse todo en una maleta... La llevé fuera de la ciudad y la arrojé al otro lado de unos arbustos, hacia el interior.

—¿Recuerda el lugar donde la abandonó?

—Sí, claro...

—¿Le importaría acompañarme?

Sadie respingó.

—¿Por qué le interesan esas ropas? No había nada de valor; a lo sumo, unos cientos de dólares, calculo. Pero yo no toqué nada...

—Precisamente por eso, señora —sonrió Fulton—. ¿Me permite examinar el cuarto de baño?

—Claro.

El joven cruzó la sala, llegó al dormitorio y se asomó al cuarto de baño. Al fondo, vio una ventana de buenas dimensiones, que abrió sin vacilar.

La ventana daba directamente a la calle. Debajo había una comisa de unos treinta centímetros, que comunicaba con la terraza del apartamento de Sadie y la del contiguo. Aquél, se dijo, era el camino que había seguido el asesino para matar a su tío.

Probablemente, había estado espiándolos en la terraza de Sadie y, cuando vio que Bern iba al baño, juzgó llegada la ocasión. Dada la

estructura del edificio, era evidente que el asesino había tenido que llegar inevitablemente del apartamento situado a la izquierda.

Fulton tomó buena nota del dato y regresó junto a la mujer.

—¿Está dispuesta?

—Sí —contestó ella.

Sadie agarró su bolso y caminó hacia la puerta. Fulton la dejó pasar en primer lugar.

Momentos después, estaban en el vestíbulo.

—Un momento, Sadie —dijo, a la vez que se acercaba al mostrador, Linus, ¿quién ocupa el apartamento 14 C? —preguntó.

—Nadie, señor; está desocupado...

—¿Lleva mucho tiempo así?

—Hubo un inquilino, pero sólo estuvo un día o dos. Se llamaba Tom Johnson...

—¿Lo reconocerla si volviese a verlo, Linus?

—Supongo que sí, Pero era ya un hombre viejo, con el pelo canoso, y caminaba dificultosamente. Tenía que ayudarse con un bastón...

—Un estupendo disfraz, lo mismo que el nombre, Gracias, Linus.

Fulton volvió junto a la morena y la agarró por el brazo.

—Tranquilícele —dijo—. Nadie sabrá nada...

—Salvo el asesino —se estremeció Sadie.

—Usted no le interesa para nada, No le ha visto, no sabe quién es y nunca podría identificarlo. A él sólo le importaba matar a mi tío, ¿comprende?

—Era un hombre muy bueno —se lamentó ella—. Claro que tenía muchos enemigos, pero conmigo siempre se portó maravillosamente.

—¿Le habló alguna vez de matrimonio?

—No, pero tampoco me importaba. Yo sabía que Bern no era hombre dispuesto a sujetarse de una forma definitiva. Me lo tomaba con filosofía, al menos en ese aspecto... pero nunca me imaginé que nuestra relación pudiera acabar de una forma tan trágica... ¿Me perdonará lo que hice, lanzándolo a la calle...? En aquellos momentos, yo tenía un pánico espantoso; no quería que me relacionasen con su muerte...

Fulton abrió la portezuela del coche.

—No tiene que culparse de nada, Sadie —dijo, persuasivo—, Es preciso encontrarse en su situación, para comprenderla, y no seré yo quien le haga el menor reproche.

Ella sonrió ligeramente.

—No sé cómo darle las gracias...

—Indíqueme dónde está la maleta con las ropas, eso será suficiente —contestó el joven.

El coche se detuvo a unos veinte kilómetros de Holter Bay, en una zona interior desde la que no se veía el mar. Sadie titubeó durante unos momentos y, al fin, señaló un talud situado a unos diez o doce metros de la carretera.

—Ahí —dijo.

—Gracias.

Fulton saltó del coche y subió por el talud. La maleta estaba allí, efectivamente. En las ropas de su tío, estimaba, podría encontrar algo interesante, de lo que tal vez obtendría alguna pista para dar con el Tom Johnson que había sido su asesino.

Agarró la maleta por el asa y se irguió. Cuando giraba sobre sus talones, se encontró frente a una pistola, sostenida por la mano de un desconocido.

—Déjala —pidió el hombre.

Fulton contempló fijamente al sujeto. Este levantó el arma.

—No se le ocurra tirarme la maleta a la cara —amenazó—. Déjala en el suelo y retroceda unos pasos o lo mataré aquí mismo.

El joven comprendió que habían sido seguidos, sin que se dieran cuenta. En el rostro del desconocido apreció la decisión de disparar y, resignado, se inclinó y dejó la maleta en el suelo.

—¿Tom Johnson? —preguntó, al incorporarse.

—Mi nombre no le importa en absoluto —repuso el sujeto.

Fulton retrocedió unos cuantos pasos. El otro alargó la mano y se apoderó de la maleta. Luego dio media vuelta y echó a correr.

El joven lo vio descender rápidamente por el talud, hacia un punto situado a retaguardia de su coche. A su vez, corrió un poco y se asomó a la carretera.

En el mismo instante, llegaba otro automóvil. Su ocupante se apeó y la emprendió a tiros con el ladrón de la maleta.

Fulton se tiró al suelo inmediatamente. El recién llegado disparó hasta asegurarse de que el otro estaba muerto. Luego corrió, recogió la maleta, volvió a su coche y escapó a toda velocidad.

Durante unos momentos, Fulton permaneció en el mismo sitio, sin acabar de creer en lo que había visto. Pasados unos momentos, descendió a la carretera y se acercó al caído.

El hombre tenía dos agujeros en la cabeza. Ya no diría nada, reconoció Fulton amargamente.

Regresó a su coche. Sadie le vio y se apeó, para correr a su encuentro.

—He oído tiros...

—Un tipo me quitó la maleta, amenazándome con una pistola. Luego apareció otro, lo acribilló a balazos, agarró la maleta y escapó antes de que pudiera hacer nada.

Sadie se puso a temblar.

—Esto es horrible... Creo que me iré de la ciudad una temporada...

—No está mal pensado —aprobó Fulton.

En aquel momento, se oyó el estridente sonido de una sirena policial. Fulton agarró por el brazo a la mujer.

—Sadie, diga que habíamos venido a dar un paseo y que nos encontramos con este cadáver —recomendó vivamente—. No diga que ya estábamos aquí; nos detuvimos al ver ese hombre muerto, al que no conocemos. ¿Ha entendido?

—Descuide, señor Fulton...

—Dorian, y de tú; así los policías no sospecharán nada.

Y, para mejor cubrir las apariencias, Fulton pasó un brazo por los de la mujer y la atrajo hacia sí, con gesto afectuoso.

—En cuanto acabe esto, me largo de la ciudad y no me ven el pelo en unos cuantos años —murmuró Sadie.

—Harás bien —sonrió Fulton.

El coche policial apareció en la próxima curva y frenó con gran chirrido. Fulton se aprestó a soportar el interrogatorio de los agentes de la patrulla de carreteras.

* * *

Sacó un rotulador rojo y trazó un aspa sobre uno de los rostros que figuraban en la fotografía. Nellie le contempló con interés.

—¿Quién era?

—Osmond Hailey, otro de los asistentes a la fiesta. Ha muerto hoy, por la mañana.

Los grandes ojos grises de la muchacha se posaron sobre las tensas facciones de Fulton.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Le vi morir, aunque dije a la policía que nos lo encontramos muerto.

—¿Estabas allí...?

—Sí. Encontré a la dama en cuya compañía estaba tío Bern cuando lo asesinaron. Ella arrojó el cuerpo a la calle, desnudo, y luego llevó sus ropas en una maleta, lejos de la ciudad. La persuadí para que me acompañase el lugar donde la había dejado y, cuando ya la tenía en mis manos, apareció Hailey con una pistola.

«Evidentemente, nos había seguido, y eso quiere decir que, seguramente, conocía las relaciones de mi tío con Sadie Wrihgt, que es el nombre de la dama en cuestión. Resumiendo, se me llevó la maleta, pero cuando ya iba a subir a su coche, apareció otro tipo y le metió en el cuerpo media docena de balas. Agarró la maleta, salió de estampía y...

—¿Crees que había algo interesante en las ropas de tu tío?

—Sadie no tocó nada. Mi tío llevaría una billetera y, posiblemente, alguna agenda de notas. Alguien ha considerado que el registro de esas ropas puede resultarle beneficioso.

—Quizá había mucho dinero...

—No, sólo unos cientos de dólares. Había algo más, algo que comprometía gravemente a una o varias personas, y eso, sea lo que sea, está ahora en poder del asesino de Hailey.

—Dorian, esto se complica cada vez más —dijo Nellie pensativamente.

—Pero, al mismo tiempo, se acerca a su desenlace. La tapa de la olla no podrá soportar la presión mucho tiempo —adujo Fulton.

Hubo un momento de silencio. Luego, Nellie sacó sus lentes, se los puso y tomó la fotografía para contemplarla con gesto reflexivo.

—Han muerto ya cuatro personas de las diez que asistieron a la fiesta

—dijo—. ¿Conoces los nombres de las restantes?

—Sí.

—¿Qué piensas hacer?

—Interrogarles, uno por uno.

—¿Cuándo, Dorian?

Fulton lanzó una mirada a su reloj.

—Hoy mismo —contestó. Señaló un rostro con el índice—. Y empezaré con éste —añadió.

—¿Quién es?

—Flick Holloman, propietario de un local muy distinguido para los que no saben bien lo que se cuece en su interior.

—¿Qué se cuece, Dorian? —sonrió Nellie.

—Juego, prostitución de altos vuelos y apuestas clandestinas.

—¿Drogas?

—No lo creo. Resultaría demasiado comprometedor. Holloman, en tal caso, caería en manos de una poderosa organización y no le conviene.

—O sea, prefiere seguir siendo independiente.

—Así es, aunque, a decir verdad, depende de algo.

—Dime qué es, Dorian, por favor.

—Depende de su silencio para seguir viviendo —contestó el joven sombríamente.

CAPÍTULO VIII

La mujer vestía una chaquetilla corta, negra con solapas de raso, pechera blanca, corbata de lazo y pantalones cortos. Era una especie de frac, adaptado para un cuerpo femenino bien formado. En los labios de la mujer lucía una sonrisa acogedora, pero muy profesional.

—El señor desea sin, duda una mesa para contemplar nuestro espectáculo —dijo la encargada del servicio.

—Tengo entendido que el espectáculo es maravilloso, pero no tanto como usted —sonrió Fulton—, ¿Está casada?

Ella respingó.

—No...

—¡Qué alivio! Eso me impide convertirme en un asesino.

La mujer se echó a reír.

—Mataría a mi esposo, si lo tuviera —dijo.

—No lo dude, señora. Ah, mi nombre es Fulton ¿Qué se hace en este sitio para conseguir una entrevista con el señor Holloman?

—No sé si podrá recibirle, señor.

—Inténtelo, Nancy, por favor.

—Me llamo Rosemary.

—Precioso nombre. ¿A qué hora termina?

Rosemary sonrió maliciosamente.

—No le gusta perder el tiempo, a lo que parece —murmuró.

—Un minuto perdido lejos de usted, representa un siglo metido en una caja para momias.

—Pensaré algo, señor Fulton. ¿Quiere acompañarme?

—Muy amable, Rosemary.

—Y si él no quiere recibirlo...

—Menciónale el nombre de mi tío, Bern Caidin-Koph.

—Muy bien, así lo haré.

—Después, me dejará examinar su espalda, la de usted, no la de Holloman.

Estaban ya muy cerca de la puerta del despacho del aludido y Rosemary se volvió hacia el joven, vivamente sorprendida.

—Dicen que la tengo bonita, pero es una espalda corriente —respondió.

—¿Sí? Estoy seguro de que le están saliendo alas. ¡Es usted un ángel!

Ella se echó a reír. Tenía una risa jovial, cautivadora.

—Ya veremos —murmuró, a la vez que tocaba en la puerta con los nudillos.

Alguien dio permiso y la joven entró, para salir momentos después, con una expresión de seriedad en el rostro.

—Va a recibirle —musitó—, pero cuando he anunciado el nombre de su tío, ha dado un salto tremendo en el asiento.

—Es que no se lo esperaba —contestó Fulton plácidamente.

Y cruzó la puerta.

Holloman estaba en pie, al otro lado de una imponente mesa de despacho. Era un sujeto de mediana estatura, membrudo, de rostro granítico y ojos muy azules. Movi6 la mano indicando un sill6n:

—Siéntese, señor... —dijo.

—Fulton, hijo de la hermana de Bern —declar6 el joven.

—Bern no mencion6 jam6s a ning6n pariente.

—No lo consider6 necesario, pero si duda de mi palabra...

—En principio, la acepto. Pero, dígame, ¿qué quiere usted?

Fulton tir6 sobre la mesa una de las famosas fotocopias y aguard6 la reacci6n del dueño del local. Holloman la contempl6 durante unos momentos, antes de levantar de nuevo la vista hacia su visitante.

—Estuve allí, no tengo por qué negarlo —manifest6 al cabo.

—Gracias. Lo 6nico que quiero saber son los motivos de la reuni6n.

—Una fiesta entre amigos —dijo Holloman.

—Eso no cuela. Los motivos de la reuni6n fueron muy otros...

—Aunque as6 fuese, usted no tiene poder para exigirme que le diga lo que se discuti6 en aquella reuni6n.

—Eso no hace sino confirmar mis sospechas. Bien, si usted no quiere dec6rmelo, yo lo averiguar6 por otros conductos.

Fulton recuper6 la fotograf6a, sac6 un l6piz rojo y tach6 tres rostros. Luego añaadi6 el nombre de Dunston al pie y devolvi6 la cartulina al sujeto.

—Puede quedársela —indic6—. Tengo muchas m6s copias, pero le ruego tome nota de un detalle. Dunston no figura en la fotograf6a, porque fue el que tir6 la placa. Pero con 6l, ya son cuatro los muertos violentamente. Parece que alguno de los reunidos tiene inter6s en eliminar a todos los que estuvieron presentes en la fiesta.

Fulton se puso en pie.

—Yo no s6 nada...

—Me hospedo en los apartamentos Silver House, 18 F. Cuando tenga algo importante que comunicarme, no dude en ponerse en contacto conmigo.

—No tengo nada que decirle —contest6 Holloman secamente.

—Yo creo que s6, pero lo que sucede es que no se atreve. Tal vez tiene mucho miedo, ¿verdad?

Holloman no hab6a pronunciado a6n una sola palabra, cuando la puerta se cerr6. Al quedarse solo, junt6 las manos e hizo crujir los nudillos fuertemente.

Pasados unos momentos, se puso en pie. Sac6 un rev6lver de uno de los cajones de la mesa y lo meti6 en la pretina de los pantalones. Luego abandon6 el despacho.

Instantes despu6s, se cruz6 con un camarero.

—Tengo que salir. Dígale a Rosemary que se ocupe de todo y que cierre, si no he vuelto.

—Bien, señor.

Holloman se dirigió a la puerta de servicio. Momentos más tarde, entraba en su automóvil. Fue a poner la llave de contacto, pero, en el mismo instante, percibió el contacto de un objeto duro y frío en la base de su cuello.

Fue lo último que sintió. La bala le seccionó la médula y la muerte sobrevino instantáneamente. Un reflejo involuntario le hizo saltar en el asiento, pero una mano le agarró por los cabellos, haciéndole quedar apoyado en el respaldo del asiento y evitando así que hiciera sonar la bocina involuntariamente.

El lugar estaba en sombras. Nadie vio al asesino.

Por otra parte, la pistola tenía silenciador y el ruido del disparo quedó ahogado.

* * *

Salió con el bolso en la mano, abierto, mientras que con la otra procuraba sacar las llaves. Alguien se situó en su camino.

—Tengo mi coche esperando a poca distancia —dijo Fulton.

Rosemary alzó la mirada y se echó a reír.

—Es hombre de palabra —observó.

—Sólo falta que usted lo sea también y así podré verle la espalda.

—Está bien. Le invito a una copa en mi casa, pero no espere más, ¿entendido?

—Las alas suelen nacer a nivel de los omóplatos —dijo Fulton a la vez que abría la portezuela del coche—. No necesitará quitarse ropa para que yo pueda comprobar lo que he dicho antes.

—Gracias por el buen concepto que tiene de mí, pero... todavía no sé su nombre.

—Dorian.

—Muy bien, Dorian. Usted busca algo y no sólo una aventura. ¿De qué se trata?

—¿Cuánto tiempo lleva usted con Holloman?

—Un par de años. Me gusta el empleo. Y, además, gano un buen sueldo.

—Se necesita experiencia en relaciones públicas...

—Tengo diploma. He trabajado como segundo jefe de recepción en un hotel de lujo. Aparte de eso, he viajado mucho por Europa...

—Tan joven —fingió asombrarse Fulton.

—No tanto. Estoy a punto de cumplir veintiocho.

—Y no tiene marido ni hijos...

Rosemary se puso seria un instante.

—Tuve marido y un niño —contestó.

Fulton adivinó una tragedia en la vida de aquella hermosa mujer.

—¿Qué pasó?

—Él resultó ser un canalla. Me quitó al niño... y los dos murieron en un accidente de aviación. Procuro no pensar en ello, Dorian; a veces, creo que voy a volverme loca... Pero si creo que si él estuviera vivo, lo matarla como a un perro.

—No es una frase correcta. Nadie mata a un perro a gusto, Rosemary, a menos que esté rabioso.

—Él era un perro rabioso...

—Basta, Rosemary, déjese de recuerdos amargos y permítame por habérselos traído a la memoria. Piense que la vida es bella y vale la pena vivirla. Y yo la considero un ángel, pero no me la imagino con una espada de fuego.

Ella volvió a reír.

—Es usted un muchacho encantador. Sin duda, debe de tener éxito enorme con las mujeres.

Fulton carraspeó, simulando modestia.

—No puedo quejarme. La verdad es que, a veces, tengo que espantarlas, como a las moscas...

Rieron juntamente. Fulton procuró animar a la joven, para hacerle superar aquel momento de depresión y creyó haberlo conseguido.

Poco después, entraban en su apartamento. Rosemary anunció que iba a cambiarse de ropa.

—Si quieres beber algo...

—No, gracias, no me apetece.

Ella regresó poco después, anudándose el cinturón de una bata muy vistosa, pero también discreta. Miró a su invitado y sonrió.

—¿Y bien? ¿Por dónde empezamos?

Fulton le enseñó la fotocopia y explicó lo sucedido hasta aquellos momentos. Luego dijo:

—En esa reunión se trató de algo muy privado. No fue una fiesta, una celebración de alguna fecha alegre de mi tío o de alguno de sus invitados. Fue una reunión de negocios, pero todos lo niegan, incluido Holloman. Me gustaría saber por qué siguen esa actitud.

Rosemary se mordió los labios.

—En los últimos tiempos, Holloman tenía problemas, aunque no me dijo nada —contestó—. Yo hablé con él y quise ayudarle, pero rechazó mi ofrecimiento. No sé cómo lo considerarán otros, pero yo le aprecio mucho; es un buen patrón, me paga un excelente sueldo y me ha concedido siempre gran libertad de iniciativa.

—¿Qué clase de problemas? —inquirió el joven—. ¿No se te ocurre alguna idea?

Rosemary se atusó el cabello antes de sentarse en una silla, con las manos sobre el regazo y la mirada un tanto ausente.

—No estoy segura..., pero yo diría que había recibido amenazas.

—¿Pertenece a alguna organización criminal?

—¡No, por Dios! —protestó ella, vivamente—. Si he de serte sincera, pienso que alguien le hizo presión... algo así como un chantaje, aunque no creo que tenga nada grave que ocultar.

—Un chantaje —repitió el joven—, ¿Tal vez «protección»? Bueno, ya sabes a qué me refiero...

—Puede que tengas razón. Sí, creo que era eso. Una vez le oí hablar por teléfono con alguien y dijo que no pagaría un centavo por nada del mundo... Eso no se dice, por ejemplo, cuando se trata de los impuestos regulares. Lo más que se puede decir es que se va a intentar conseguir una rebaja o un aplazamiento en el pago, pero al gobierno no se le dice que no nos da la gana de pagar los impuestos. Te meten en la cárcel, Dorian.

—Sí, muy cierto —sonrió Fulton—. Bien, Rosemary, ya he conseguido algo y no es poco. Gracias por todo.

—¿Te marchas?

—Claro. Ya no puedes decirme nada más...

Rosemary sonrió, se puso en pie y, volviéndose de espaldas a él, se bajó la bata hasta la cintura.

—¿Qué te parece mi espalda?

—Pronto te nacerán alas —dijo Fulton.

—No lo creas. Nunca tendré alas, Dorian.

—Al menos, metafóricamente...

—Soy una mujer de carne y hueso, no un ángel.

La bata resbaló un poco más. Rosemary volvió la cabeza y le miró por encima del hombro.

—¿No quieres comprobarlo, Dorian?

Fulton se acercó a la joven, puso las manos en la desnuda cintura y las hizo resbalar lentamente hacia arriba.

—Toda una mujer —murmuró, a la vez que se inclinaba para besar el perfumado hueco entre la cabeza y los hombros.

Rosemary se estremeció. Luego se volvió, dejando que la bata cayera completamente al suelo, y se colgó del cuello del joven, a la vez que buscaba su boca apasionadamente.

En la penumbra del dormitorio, un buen rato después, ella encendió un cigarrillo y se lo pasó al joven.

—Gracias, pero no fumo —dijo Fulton.

—A veces sienta bien un cigarrillo. Sobre todo, si te sientes nervioso...

—Entonces, agarro un trozo de madera y la emprendo a mordiscos, hasta que lo convierto en astillas.

Rosemary lanzó una alegre carcajada. De repente, se sentó en la cama y emitió una exclamación:

—¡Ahora recuerdo! No te lo dije antes, porque no había caldo en ello,

Dorian...

—¿Qué pasa? —preguntó Fulton, sentándose también en la cama.

—¿Dónde tienes esa fotografía?

—En la chaqueta...

—Tráela, pronto, por favor.

Fulton se levantó. Ella encendió la luz, sin importarle su desnudez y cuando el joven le entregó la fotocopia, señaló un rostro con el índice.

—Aquí lo tienes —dijo—, Nayland Potts.

—¿Qué pasa con él, Rosemary?

—Antes no te lo dije, porque no había caído en ello... pero lo he recordado hace unos momentos. Esta fotografía fue tomada el 15 de mayo.

—Sí, según la fecha del periódico, así sucedió.

—Yo vi a Potts la víspera, Estuvo hablando con Holloman y le oí perfectamente decir que al día siguiente estaría en San Francisco.

—Pudo haber suspendido el viaje...

—Entonces, ¿por qué, en la ocasión siguiente, yo se lo pregunté y me dijo que había pasado una jornada muy satisfactoria en aquella ciudad?

—¿Eso te dijo Potts?

—Seguro, Dorian, tan seguro como que estamos juntos los dos ahora y en mi casa.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Fulton cogió la fotografía y la dejó caer fuera del lecho. Acto seguido, abrazó a la joven y la hizo tenderse nuevamente.

—Voy a tratar de recompensar esa información come se merece —murmuró al oído de Rosemary.

CAPÍTULO IX

Fulton despertó muy tarde, ya que se había acostado bien entrada la madrugada, y aún hubiera seguido durmiendo, de no haber sonado el teléfono. Adormilado todavía, levantó el aparato.

—Fulton —dijo.

—Dorian, soy Nellie. ¡Holloman ha sido asesinado!

El joven se sentó de golpe en la cama.

—Nellie... ¿Estás segura?

—Acabo de oírlo por la radio... Han descubierto el cadáver a la madrugada; por eso no se ha publicado la noticia en los diarios...

—Gracias, Nellie. ¿Dónde estás ahora?

—En mi casa. He pedido unos días de permiso.

—Pasaré a buscarte lo más pronto que pueda, Tengo que hablar contigo.

—Muy bien, ven cuando quieras.

Fulton colgó el teléfono. Luego corrió al baño y se duchó rápidamente. Minutos después, estaba en su coche.

Al poco rato, vio por el retrovisor un automóvil que le seguía a cierta distancia. Hizo un par de maniobras de comprobación y el otro conductor las imitó puntualmente. De pronto, pasó junto a una explanada en la que se veían algunas enormes máquinas de obras públicas.

Un solitario vigilante cuidaba de las máquinas. Fulton concibió una idea, pero decidió posponerla para más tarde y siguió su camino. Cinco minutos más tarde, paraba frente a la casa de Nellie.

La muchacha corrió a su encuentro.

—¿Hay algo nuevo, Dorian?

—La muerte de Holloman. Me parece increíble. Estuve hablando con él anoche...

—Es horrible —calificó ella—. ¿Pudiste sacar algo en limpio?

—Sí, pero no por boca de Holloman. Parece que tenía ciertos problemas, a causa de una extorsión de alguien. Es lo que suele llamarse «protección», ¿comprendes?

—Sí, Dorian. ¿Quién te lo dijo?

—Cierta persona... Bueno, eso no importa ahora. Pero también tengo que averiguar por qué un tal Potts dijo que se iba a San Francisco el quince de mayo pasado, comentó después que lo había pasado estupendamente y luego resultó que era un mentiroso.

—No entiendo —dijo Nellie—, ¿Qué importancia pueden tener las declaraciones de Potts? ¿Tiene algún significado especial la fecha del 15 de mayo?

—Ese día fue la fiesta en la residencia de mi tío —contestó él.

—A pesar de todo, sigo sin entender...

—Potts dijo que se iba a San Francisco y días después contó que lo había pasado estupendamente. Pero no se marchó, sino que se quedó en Holter Bay.

—Bueno, pudo suspender el viaje...

—Entonces, ¿por qué mintió?

—¿Crees que eso puede tener importancia?

—Hablaré con Potts en cuanto me sea posible —manifestó Fulton—. Ahora, de momento, lo que nos interesa es deshacernos de dos sujetos que ya quisieron darme un disgusto hace algunas noches cuando estábamos cenando juntos.

—¿Los has visto? —se sobresaltó Nellie.

—Me están siguiendo desde que salí de casa. —Fulton lanzó una breve carcajada—. Les han pagado cinco mil dólares por hacerme algo, pero ya les quemé un coche. Ahora tendrán que poner dinero encima, si quieren cumplir su «contrato».

Nellie se volvió un momento y contempló el coche gris oscuro que les seguía a unos cincuenta o sesenta metros de distancia.

—Veo dos hombres —dijo.

—Rand Kovac y Sholto Banger, dos sujetos verdaderamente repulsivos y capaces de cualquier cosa por un puñado de billetes —respondió el joven sin inmutarse.

—Quieren quitarte de en medio, a lo que parece...

—Están buscando una ocasión propicia, para no comprometerse demasiado ni comprometer al que les paga.

—¿Sabes quién es?

—Reggie Kopperew es el que se encarga de pagar a los hampones, aunque como intermediario, claro está. Tendré que hacerle una visita y sacudirle el polvo un poco, pero antes tenemos que espantar a esos dos moscones.

—Supongo que ya tendrás alguna idea para conseguirlo.

—En seguida lo sabrás, no te preocupes.

Fulton se puso a silbar alegremente, mientras ella se admiraba de la tranquilidad de su acompañante, tranquilidad que no compartía en modo alguno. Sin embargo, confiaba en él y tenía la convicción de que sabría salir adelante.

Minutos después, con gran asombro, Nellie se dio cuenta de que el joven guiaba su coche hacia la explanada donde se hallaban las grandes máquinas de obras públicas. El joven dio la vuelta a una gigantesca excavadora y luego paró el coche.

Un hombre se le acercó muy pronto.

—Eh, amigo, ¿busca algo? —preguntó.

Fulton ya se había apeado y sonrió, a la vez que sacaba un par de billetes del bolsillo.

—Ahí afuera he visto un cartel. Las máquinas están en venta —dijo.

—Sí, el dueño quebró y quiere venderlo todo. ¿Acaso le interesa alguno de estos chismes?

—Tal vez. Supongo que no le importará que los examine.

El vigilante hizo un ademán.

—Adelante, amigo. Espero que sepa manejar...

—No se preocupe —rió el joven—. Sé manejar cualquiera de esos chismes como si yo mismo los hubiera construido.

Se volvió hacia la muchacha.

—¿Quieres acompañarme, Nellie?

Ella se apeó y le siguió hasta la excavadora de doble pala, capaz de arrancar diez toneladas en un solo viaje. Fulton trepó a la cabina y se inclinó para darle la mano, a fin de ayudarla a subir.

—Dorian, te aseguro que no entiendo nada de lo que estás haciendo —dijo Nellie, completamente desconcertada.

Fulton rió brevemente. Dio el contacto y el enorme motor se puso en marcha inmediatamente.

—Muy pronto vas a saberlo —contestó.

* * *

Fulton probó los diversos mecanismos y vio que funcionaban a la perfección. Con el rabillo del ojo, divisó el coche gris a unos veinte metros de distancia, junto a la entrada de la explanada.

La excavadora se movía sobre unas ruedas descomunales. Fulton la puso en marcha y dio un par de vueltas por el recinto, contemplado especulativamente por el guarda. El joven probó asimismo el mecanismo de excavación, abriendo y cerrando sucesivamente las dos poderosas mandíbulas de la doble pala. Repentinamente, hizo un viraje y aceleró.

Nellie se agarró con ambas manos a una barra transversal, presintiendo las intenciones del joven. Los dos pistoleros tardaron algunos segundos en reaccionar.

El conductor intentó dar marcha atrás, pero tropezó con dos enormes bidones, que volcó aparatosamente. Maldiciendo a voz en cuello, intentó dar marcha adelante, pero la excavadora le cerró el paso.

La pala bajó con impresionante rapidez y las dos mandíbulas se cerraron sobre el motor. Inmediatamente, Fulton levantó la pluma y el coche se alzó con el morro hacia arriba. En el interior, los dos pistoleros se debatían frenéticamente, llenos de pánico.

Fulton hizo retroceder a la máquina, a la vez que giraba en redondo. El coche gris volteó en el aire velozmente, a pocos metros del suelo. Espantados, los dos ocupantes abrieron las portezuelas y saltaron fuera, enloquecidos de pavor.

El joven accionó los mandos y soltó el coche, que cayó al suelo estruendosamente. Luego avanzó con la pala hacia los pistoleros,

quienes echaron a correr, sin pensar en otra cosa que en salvarse. Cuando desaparecieron, Fulton retrocedió y, con la pala, asestó unos cuantos golpes al coche gris, convirtiéndolo en un montón de chatarra. —La fiesta ha terminado —dijo alegremente.

Nellie le miró estupefacta.

—Eres... temible —calificó.

—No lo creas —contestó él—. Tengo un natural bondadoso, inclinado al amor a mi prójimo. Podía haber agarrado el coche por el centro y esos tipos estarían ahora reducidos a papilla, pero los he dejado marchar libremente. —Lanzó una alegre carcajada—. Ya te dije que tendrían que poner dinero encima, por perseguirme; dos coches en pocos días, representan mucho más de los cinco mil dólares que alguien les pagó por el trabajo.

—¿Cómo llegaste a saberlo, Dorian? —preguntó Nellie, que todavía no se había recuperado de su asombro.

—Te lo contaré en otro momento. Ahora...

Fulton saltó al suelo. El vigilante parecía estar de muy mal humor.

—Ya se ha divertido bastante, ¿verdad?

Dos billetes más cambiaron de dueño.

—Resulta que no sé manejar todavía bien esas máquinas —contestó el joven con aplomo—. Tendré que practicar un poco más, si quiero dedicarme al negocio.

—Bueno..., por mí, no hay inconveniente, pero... ¿qué hago con esa ruina de coche? ¿No protestará el dueño?

—El dueño callará, por la cuenta que le tiene, y usted puede venderlo como chatarra. ¿Vamos, Nellie?

Cuando abandonaron el recinto, el guarda continuaba sin salir de su estupefacción. Fulton se volvió hacia la muchacha y le dirigió una alegre sonrisa.

—El ejercicio me ha abierto el apetito —dijo—. ¿Conoces algún lugar donde podamos almorzar a gusto?

—¿Por qué no en mi casa? —sugirió ella.

—No querría ser motivo de molestias para ti...

—En todo caso, para mamá, que es la cocinera. A ella no le importará que lleve un invitado.

—Tienes suerte —murmuró él—. Mi madre murió cuando yo era poco más que un chiquillo. A mi padre casi no lo conocí...

Nellie puso una mano sobre la del joven.

—Todavía tienes mucho que conseguir de la vida, Dorian —dijo afectuosamente—. Sobre todo, si no cometes imprudencias...

—Procuraré tener cuidado —aseguró él.

—Y luego pensó que, antes de hablar con Kopperew, debía entrevistarse con Lann y Horly. Necesitaba informes y debía acudir preparado al encuentro de Kopperew.

—¿Quién es Nayland Potts? —preguntó Fulton.

La fotografía estaba echada sobre la mesa del reservado en que se había reunido con Horly y Lann. Un círculo rojo enmarcaba la cabeza del mencionado, haciéndole distinguirse así del resto de los asistentes a la fiesta.

Horly se frotó la mandíbula.

—Nadie sabe gran cosa de él —contestó.

—Quizá Kopperew —apuntó Lann.

—¿Y ustedes?

—Tiene una tienda, que es más bien un bazar, ya sabe, objetos de regalo, relojes de todas clases, aparatos de radio y televisión... Un negocio modesto —describió Horly.

—Allí va gente de muchas clases, y no todos parecen personas decentes —agregó el otro.

—Yo creo que ese negocio es una tapadera, aunque no sé de qué. Lo que sí es cierto que Potts tiene «pasta» larga.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Un amigo mío lo vio en un casino de Las Vegas. Perdió ochenta mil «pavos» y no se inmutó.

—Si yo tuviera ese negocio y perdiera ochenta mil dólares, quebrarla al día siguiente —manifestó Horly.

—¿Lleva mucho tiempo en Holter Bay?

—Un año, aproximadamente. Nadie sabe bien lo que hacía antes de dedicarse a la venta de artículos para regalo.

—O sea, era forastero cuando se estableció.

—Sí, claro...

Fulton contempló la fotografía unos instantes.

—Todos los que fueron a la fiesta parecen personajes de posición, excepto Potts. ¿Por qué tuvo que invitarlo mi tío?

Horly y Lann guardaron silencio. Al cabo de unos instantes, Fulton dijo:

—Quiero que hagan una cosa: vigilen a Potts constantemente, pero con el máximo de discreción. No dejen que él se dé cuenta de que lo vigilan, ¿estamos?

—De acuerdo —contestaron los dos sujetos al unísono.

—Otra cosa. ¿Se les ocurre a ustedes quién pudo haber matado a Holloman?

—No tengo ni idea —dijo Lann.

—Para mí que es el mismo que mató a su tío, pero... ¿quién es? —contestó Horly.

—Muy bien, por ahora, eso es todo. Ah, otra cosa. Me gustaría encontrarme con Kopperew, pero no en su oficina, sino en otro sitio

donde pueda darle una sorpresa e impedirle que reaccione. ¿Qué me aconsejan?

—Kopperew suele ir a cenar al Shiman —informó Horly.

—Va casi todas las noches —añadió el otro.

—Gracias. Quizá cenemos juntos —sonrió el joven.

La entrevista había terminado y se dispuso a marcharse. De pronto, Horly levantó una mano.

—Escuche un momento —pidió—. Hay algo que había olvidado...

Fulton se volvió hacia el sujeto y le miró expectantemente. Horly pareció reflexionar unos segundos antes de proseguir.

—Hace algún tiempo, fue asesinado un tipo llamado Bruno Shey. No se sabe por qué lo mataron, pero se rumorea por ahí que lo hizo Potts en persona. Sin embargo, nadie lo ha podido afirmar rotundamente.

—¿Qué era o qué hacía Shey? —preguntó Fulton.

—Correo.

—¿Cómo?

—Bueno, iba y venía llevando recados... y también cobraba a los morosos y deudores... De vez en cuando, rompía un brazo a algún recalcitrante...

—No es una pérdida que se deba lamentar. Era un perfecto canalla —afirmó Lann.

—Quizá alguien le envió flores —dijo Fulton, recordando la frase que había pronunciado Deeva Corbett en el entierro de su tío.

—En todo caso, lo haría su fulana —manifestó Horly.

Y señaló con la mano una persona que aparecía retratada en la fotografía tomada por Dunston.

Fulton respingó.

—¿La señora Corbett? —se asombró.

—Bruno era un tipo muy apuesto y enloquecía a las mujeres. No sé cómo se las arreglaba, pero casi le bastaba con mirarlas para que cayeran en sus brazos.

—Así es —convino Lann—, Hay tipos que las atraen como la miel a las moscas. Bruno era uno de ellos.

Fulton asintió en silencio, Tendría que hablar nuevamente con Deeva, se dijo.

Pero antes estaba la entrevista con Kopperew.

«Esta misma noche», decidió.

CAPÍTULO X

Reggie Kopperew terminó de cenar, se limpió los labios meticulosamente, dejó unos billetes encima de la mesa y luego, con gran parsimonia, se encaminó a los lavabos.

Apenas había entrado, se sintió agarrado por el cuello y aplastado contra la pared. Con la otra mano, Fulton cerró la puerta y pasó el pequeño pestillo que impedía fuese abierta desde el exterior.

Acto seguido y antes de que el sujeto pudiera recuperarse, le dio unas cuantas sacudidas que hicieron entrechocar sus dientes sonoramente. Los ojos de Kopperew mostraban bien el pánico que se había apoderado del sujeto.

Sin dejar de sujetarlo con una mano, Fulton lo registró rápidamente, arrebatándole una pistolita de dos cañones, que guardó en uno de sus bolsillos. Kopperew boqueaba agónicamente, sin fuerzas para emitir una sola palabra.

—Tengo que hacerle una pregunta y espero la respuesta, o le partiré por la mitad —dijo el joven amenazadoramente—. Piénselo bien, porque no se irá de vacío, si se empeña en mantener la boca cerrada...

—¿Qué..., qué es lo que quiere saber? —tartamudeó Kopperew.

—Usted ofreció cinco mil dólares a dos tipos llamados Kovac y Banger. Pero no lo hizo por propia iniciativa, sino que sé lo encomendó otra persona. Dígame el nombre y olvidaré que le he conocido.

—Puede resultar peligroso para mí...

Fulton sacó la pistolita y la apoyó en el estómago del individuo.

—No tiene silenciador, pero no habrá demasiado ruido —dijo.

Kopperew sudaba a chorros.

—Potts... —dijo débilmente.

—¿Por qué?

—No..., no me lo explicó.

—¿De qué se trató en la reunión celebrada en casa de mi tío?

—Ha... había alguien que pretendía cobrar «protección» a todos los que asistieron a la fiesta... Todos ellos tenían negocios muy productivos...

—¿También Deeva Corbett?

Kopperew sonrió burlonamente, para sorpresa del joven.

—¿Ha oído hablar de la Red Orchid House? —preguntó.

—No. ¿Qué es eso?

—Un lugar de «esparcimiento». Hablando claro, un prostíbulo de lo más elegante y lujoso que se pueda imaginar. Le pertenece a ella, aunque no va por allí. Tiene un encargado que dirige el negocio... Había uno, Bruno Shey, pero lo asesinaron...

—Está bien —dijo Fulton tras una ligera reflexión—. Reggie, voy a

dejarle ir, pero le daré un consejo. Esfúmese durante unos cuantos días o seguirá el mismo camino que los que ya han sido asesinados, aunque no figure en la fotografía que se tomó durante la fiesta. Potts le ha estado utilizando, porque lo necesitaba, pero en cuanto no le haga falta, le aplastará con los mismos remordimientos que si matase a un mosquito. ¿Lo ha comprendido?

El sujeto asintió. Fulton se separó un par de pasos.

—No se le ocurra avisar a Potts —añadió torvamente—. Usted sabe muy bien que le conviene eliminarlo. Y si le dice que ha estado hablando conmigo, lo pasará muy mal.

—Callaré —aseguró Kopperew.

—Es lo mejor que puede hacer —se despidió el joven.

Cuando se disponía a salir del restaurante, vio un coche parado a poca distancia. Dos hombres estaban en el asiento delantero y aparentaban una actitud de indiferencia para todo lo que ocurría a su alrededor.

—Hay tipos que no escarmientan jamás —murmuró para sí.

Miró a su alrededor. Frente al edificio había dos camiones pesados, cuyos conductores, calculó, debían de estar cenando. Simuló ir a su coche, sin que los pistoleros se dignasen mirarlo. De pronto, asaltó uno de los camiones.

Las llaves de contacto estaban puestas. El motor rugió inmediatamente. Fulton puso la primera marcha e hizo girar el volante hacia la izquierda.

El morro del camión acometió por detrás el coche de los pistoleros, empujándolo hacia una pared situada a pocos metros. Fulton pegó un tremendo acelerón, puso la palanca en punto neutral y luego saltó al suelo.

El pesado vehículo siguió su marcha, impulsando al coche con toda su potencia. Los pistoleros saltaron al suelo apenas un segundo de que el morro del automóvil chocase contra la pared. Luego, aquella mole de cuarenta toneladas hizo presión y el coche se convirtió literalmente en un acordeón.

Kovac y Banger se sentían terriblemente furiosos. Pero no pudieron hacer nada. Fulton arrancaba ya en el descapotable y lo perdieron de vista antes de que acabasen de comprender lo que había sucedido.

* * *

Una mujer de mediana edad atendió al joven y mostró sus dudas acerca de la posibilidad de que Fulton fuese recibido por la dueña de la casa.

—Todavía no son las diez de la noche —arguyó Fulton—, A menos que tenga una visita...

—Iré a anunciárselo —contestó la sirvienta.

Deeva en persona salió al vestíbulo.

—No le esperaba, señor Fulton —manifestó.

—Es muy urgente y procuraré ser breve —dijo él.

—Está bien, pase a mi gabinete particular.

—Gracias.

Fulton observó que Deeva llevaba unos lentes para leer, pendientes del cuello por una cadenita de oro. Momentos después, vio un gran libro abierto encima de un escritorio, detrás del cual se sentó ella.

—Seguramente, estás anotando los gastos y los ingresos de The Orchid House —dijo de sopetón.

Deeva pareció sobresaltarse.

—¿Cómo sabe usted...?

—Puedes tratarme con entera confianza. He estado haciendo averiguaciones desde el día que llegué a Holter Bay. Naturalmente, tú no podías estar excluida de mis pesquisas.

—Y entonces, has sabido que...

—Sí, pero no temas, no te voy a hacer ningún reproche. No he venido como moralista; en mi opinión, cada uno es responsable de sus propias acciones. Si a ti te gusta ese negocio, es cosa tuya.

—Está bien. Dime de una vez qué es lo que quieres, Dorian —pidió la mujer.

—En primer lugar, ya sé cuáles fueron los motivos por los cuales mi tío convocó aquella reunión.

—Quería obsequiar a unos amigos...

—Deeva, a estas alturas ya no caben los fingimientos. Alguien os exigía una elevada «cuota» de protección y mi tío convocó la reunión, para discutir el asunto. Alguien os pedía cierta cantidad de dinero, y debíais entregarla periódicamente. ¿Quién era?

Deeva pareció abatirse un momento. Se pasó una mano por los cabellos y luego contestó:

—No lo sé, nunca lo supimos. Siempre recibíamos sus mensajes por teléfono. Hubo uno o dos que se negaron y fueron asesinados misteriosamente.

—Bruno Shey también murió.

Ella saltó en el asiento.

—¿Por qué mencionas ese nombre?

—Fuiste muy sincera al confesar que habías sido la amante de mi tío, pero, en cambio, ocultaste que tenías un nuevo amante: Shey. Y fue asesinado, precisamente, el día de la fiesta.

—Es verdad. Nadie sabe quién lo hizo...

Fulton se mostró asombrado al oír aquella respuesta.

—Deeva, tú me engañas. Sabes perfectamente quién mató a Bruno, pero callas por temor.

—No, de veras; te juro que no lo sé...

—Lo siento, pero no puedo creerte. ¿Te ha amenazado Potts con

matarte, si no guardas silencio?

Deeva se echó hacia atrás en su asiento.

—¿Cómo sabes...? —chilló.

Impasible, Fulton sacó una vez más otro ejemplar de la fotografía y lo puso encima de la mesa.

—Todos los que figuran en la fotografía tienen unos negocios estupendos, muy productivos, de bastante importancia. El único que posee una modesta tienda, como hay a cientos de miles en el país, es Potts. ¿Por qué un sujeto tan insignificante tuvo que acudir a la fiesta? Aparentemente, carece de relieve y su negocio no se puede comparar ni de lejos con el tuyo, y no digamos con los de mi tío. ¿No lo encontraste extraño?

—No se me ocurrió pensarlo... Yo no lo conocía; fue entonces cuando lo vi por primera vez...

—¿Te ha amenazado después?

—Me llamó al día siguiente. Dijo que sería conveniente que olvidase que me había conocido en la fiesta. Incluso más, deseaba que dijese que no había estado presente. Fue muy cortés, muy amable..., pero me dio miedo, porque presentía que podía hacerme algo malo si no lo obedecía.

—Y, mientras tanto, llorabas a Bruno.

Deeva bajó la cabeza.

—Era un chico estupendo...

Fulton pensó en las palizas que había propinado Shey y en los huesos fracturados, y prefirió no hacer ningún comentario sobre el particular. De repente, recordó un detalle.

—Deeva, tú dijiste que mi tío te había quitado un negocio. ¿Qué era?

—U... un salón de ma... masajes...

El joven sonrió para sí.

—Apostaría algo a que no lloraste su muerte demasiado, porque sabías que así podías conservar The Red Orchid House —dijo—. Está bien, por si no lo has deducido, fue Potts el que mató a Bruno. Declaró que había estado en San Francisco ese día, pero la fotografía del periódico lo desmiente. ¿Sabes a qué hora se produjo el crimen?

—A las nueve de la noche, en las inmediaciones de The Red Orchid, después de la fiesta. Potts se marchó unos minutos antes...

Fulton meditó unos segundos. Luego dijo:

—Dame todos los detalles posibles del crimen.

Deeva obedeció. Fulton le hizo unas cuantas preguntas más y luego se puso en pie.

—A propósito, ¿cuánto te pedían para proteger tu negocio?

—Dos mil semanales. A los otros les exigían aún más. Calculamos que el extorsionista podía reunir de cuarenta a cincuenta mil dólares mensuales, si atendíamos sus peticiones...

—Eso sí que es un cuerno de la abundancia y no lo que pintan en los cuadros de ambiente mitológico —se despidió el joven irónicamente.

* * *

Entró en la tienda y huroneó durante unos momentos, examinando los diversos aparatos que había expuestos por todas partes. Un hombre se le acercó de pronto.

—¿Puedo serle útil en algo, caballero? —se ofreció cortésmente.

Fulton se volvió y contempló unos instantes al dueño de la tienda. Era un sujeto alto, de unos cuarenta años, bien parecido, con el pelo ligeramente rizado y ataviado con discreta elegancia. La sonrisa amable no ocultaba por completo la dureza que se escondía detrás de unos ojos fríos como el hielo.

—Estoy buscando un aparato de radio que sea, además, despertador —manifestó el joven—, ¿Puede indicarme alguno realmente bueno, de toda confianza? No quiero una baratija de las que se compran por kilos, sino algo que dure realmente... Ah, y con pila recargable, para no tener que ocuparme de él durante años...

—Tengo lo que necesita, caballero —dijo el comerciante—, Tenga la bondad de seguirme.

Potts fue a un mostrador y sacó un receptor de radio, de diseño ultramoderno, cuyas características explicó detalladamente al cliente. Pasados unos minutos, Fulton se decidió a adquirir el aparato.

—Me lo quedo. Usted me ha convencido, señor Potts... Supongo que es el dueño de la tienda.

—Sí, en efecto —sonrió el individuo—, ¿Cómo piensa pagar? ¿Cheque o tarjeta de crédito...?

—Lo abonaré en efectivo, inmediatamente.

—A su conveniencia, señor.

Fulton sacó un impresionante rollo de billetes y pagó la compra. Potts le extendió un recibo y se dispuso a embalar la radio.

—Un momento, por favor —rogó el joven.

Potts le miró inquisitivamente.

—¿Alguna objeción, señor?

—Ninguna a la compra en sí —sonrió Fulton—, Simplemente, ocurre que tengo que hacer diversas gestiones durante el día y hasta las seis de la tarde no estaré en casa. ¿Podría enviármelo después de esa hora?

—Sin ningún inconveniente, si me da su dirección...

—Apartamentos Silver House, 18 F, Dorian Fulton.

El joven notó un leve movimiento de sorpresa en el dueño de la tienda. Sin embargo, Potts se recuperó en el acto y anotó los datos en una hoja de papel.

—Tendrá su compra antes de las siete de la tarde

—aseguró.

—Muchas gracias, señor Potts.

—A usted, señor Fulton. Considéreme siempre a su disposición, para cualquier cosa que pueda necesitar.

Fulton sonrió ligeramente, movió un poco la cabeza y salió de la tienda. Potts tenía también cámaras fotográficas, pero no quiso comprársela a él, para que no pudiera sospechar nada acerca del plan que se le había ocurrido, con objeto de probar que había sido el asesino de Shey.

«Ha matado a más gente, pero con un asesinato que se pruebe concluyentemente, será más que suficiente para encerrarlo de por vida», se dijo.

CAPÍTULO XI

Nellie llamó a la puerta y aguardó unos instantes. Cuando se abrió, vio a un desconocido y se sintió desconcertada.

—Disculpe, creo que me he equivocado...

Fulton sonrió, alargó la mano y atrapó su brazo.

—No te has equivocado —dijo—. Soy yo.

Ella le miró, atónita.

—Estás irreconocible

—Estás irreconocible —exclamó.

—¿Verdad que sí? —contestó él de buen humor—. No sabes cuánto me alegro de que hayas dicho una cosa semejante.

—Pero... no entiendo... ¿Por qué has cambiado de aspecto?

—Lo sabrás dentro de unos minutos. Por cierto, ¿qué tal se te da la fotografía? ¿Sabes manejar una cámara?

—Hombre, no soy una profesional, pero, vaya, me defiendo...

Fulton le entregó una cámara instantánea, con «flash».

—Tendrás que usarla esta noche —dijo. Y, en aquel momento, llamaron a la puerta—. Perdona, luego te explicaré.

Cruzó la sala y abrió. Alguien, al otro lado, lanzó un chillido.

—¡Potts!

—Entren, muchachos —rió el joven—. Según parece, he hecho una caracterización soberbia. Nellie, ¿conoces a Fried Horly y Pete Lann? Una vez los hice rodar por un talud...

La joven no se sentía menos asombrada que los dos hampones. Lann y el otro entraron con paso irresoluto.

—No entiendo nada —dijo el primero.

—¿Va a «liquidar» a Potts para quedarse con su negocio? —preguntó Horly.

—Lo voy a liquidar, en efecto, pero no de la forma que se imaginan —contestó el joven alegremente—. Bien, vamos a ver... Necesito la ayuda de los dos, en especial de...

Fulton escrutó los rostros de los dos sujetos durante unos momentos. Al fin, eligió a Lann.

—Usted es el que más se le parece —dijo—. Con unos retoques de maquillaje y otras ropas, podrá pasar por él sin la menor duda.

—¿A quién se refiere? —preguntó Lann, que no se había recobrado todavía de la sorpresa recibida.

—A Bruno Shey, naturalmente.

—¡Pero está muerto! —chilló Horly.

—Esta noche lo vamos a resucitar y luego volveremos a matarlo —contestó el joven—. Pete, siéntese; voy a empezar a trabajar inmediatamente.

El sujeto obedeció. Fulton sacó una caja con diversos artículos de

maquillaje y empezó a retocar el rostro de Lann. Cuando terminó, le puso una peluca rubia y luego le hizo quitarse su chaqueta y la corbata, sustituyéndolas por unas prendas análogas, pero mucho más vistosas. La corbata era de color amarillo rabioso, con unas tiras diagonales de color azul. La chaqueta era de grandes cuadros beige y marrón fuerte, con líneas rojizas.

—Horrible —calificó Nellie.

—Era, más o menos, lo que llevaba puesto Bruno la noche en que lo mataron —dijo el joven.

—La verdad es que, visto así, de golpe, parece Bruno —admitió Horly.

—Eso es lo que pretendo conseguir. Y ahora, escúchenme bien todos: vamos a ensayar...

El timbre de la puerta sonó en aquel momento. Fulton se volvió hacia la joven y puso un billete de dos dólares en sus manos.

—Me envían un paquete —murmuró—. Recíbelo en mi nombre. Pete, Fried, vamos a escondernos.

Los tres hombres huyeron al interior del apartamento. Nellie fue a la puerta, la abrió y recogió un paquete que le traía un mandadero, al que entregó la propina, después de firmar el recibo correspondiente. Cerró la puerta y puso el paquete encima de una mesa.

Fulton apareció a los pocos instantes.

—Potts es hombre de palabra —sonrió.

—¿Te lo envía él? —se asombró Nellie.

—Claro, lo compré esta mañana...

Fulton rasgó el papel de la envoltura y dejó una caja al descubierto. Lann y Horly contemplaban sus movimientos con enorme curiosidad.

El receptor de radio quedó a la vista momentos más tarde. Entonces, Fulton usó un destornillador y levantó la cubierta superior. Luego, con unas tijeras, cortó unos cables de color amarillo vivo.

La operación finalizó cuando extrajo un paquete de forma oblonga y de las dimensiones de un paquete de cigarrillos. Después de sopesarlo en la mano, miró a la muchacha sonriendo.

—Doscientos gramos de TNT, suficiente para hacerme volar en cachitos, como la pobre Sara Mortimer.

Nellie sintió un escalofrío. Lann y su compinche se retiraron unos pasos, llenos de aprensión.

—Eso... es una bomba... —dijo Lann, aterrado.

—Sí, pero ya no estallará —contestó Fulton—, Potts, naturalmente, no podía desaprovechar la ocasión —se dirigió a la muchacha.

—Fuiste a provocarlo deliberadamente —adivinó Nellie.

—Bien, tenía que conocerlo en persona, si quería tomar su aspecto —explicó el joven—. Lógicamente, no podía decírselo, así que tuve que comprarle algo para que no sospechara. Y Potts vio que no se le presentaría otra oportunidad mejor y decidió hacerme saltar por los

aires, a las... —consultó el reloj digital y añadió—: A las dos en punto de la madrugada, hora en que suponía estarla yo en el mejor de los sueños.

—Pero si la bomba no explota, él se enterará...

—Para entonces, ya será demasiado tarde. Además, no se fía demasiado, sabe que vamos de pillo a pillo y si no se produce la explosión, no se extrañará apenas.

—¿Qué piensa hacer con la bomba, jefe? —inquirió Horly.

—Ya veremos. De momento, vamos a hacer lo que dije cuando llamé al mensajero: ensayar.

—Ensayar, ¿qué? —quiso saber Nellie.

Fulton sacó un revólver, provisto de silenciador.

—La muerte de Bruno Shey —contestó.

* * *

Eran las ocho de la noche y se disponían a salir, cuando Lann, precavido, se asomó a la ventana.

—Señor Fulton —llamó.

El joven acudió de inmediato.

—¿Qué sucede, Pete?

—Hay dos tipos abajo. Acaban de meterse en un coche... Juraría que son Kovac y Banger, señor.

Fulton hizo un gesto de pesar.

—Este contrato va a ser su ruina —dijo—. Ya han perdido tres coches y ahora van por el cuarto.

—¿El cuarto? —repitió Nellie.

—Sí, aunque ya me imagino que alguien habrá estado pagando el gasto. Bien, todos sabemos ya lo que hemos de hacer, así que no hacen falta más instrucciones. Fried, Pete, abajo, en el estacionamiento del edificio, hay un coche verde oscuro, exactamente igual que el que usaba Bruno. Vayan al lugar acordado y esperen según les he ordenado. Nellie, tú usarás mi coche y acudirás también allí.

—¿Y tú? —preguntó la joven.

Fulton sonrió.

—Usaré otro automóvil —contestó—. Vamos, no tenemos tiempo que perder.

Salieron del apartamento y bajaron en el ascensor. Fulton se apeó en el vestíbulo, mientras los otros continuaban al subterráneo. El joven se dirigió hacia la puerta, salió a la calle y cruzó la acera resueltamente. Llevaba un paquete en las manos y se acercó sin vacilar al coche de los pistoleros. Kovac le miró asombrado, como si no creyera en lo que estaba viendo.

Fulton le puso el receptor de radio en el regazo.

—Es una bomba. Estallará dentro de treinta segundos —anunció

placenteramente.

El sujeto permaneció unos instantes con la boca abierta. Banger reaccionó antes y salió disparado del coche, mientras el joven se alejaba silbando. Kovac saltó al suelo y echó a correr como un loco, en medio del asombro de los transeúntes que no comprendían nada de lo que estaba pasando.

Entonces, Fulton volvió sobre sus pasos, se metió en el coche de los pistoleros y arrancó sin perder tiempo, pero sin demasiadas prisas, para no llamar la atención de algún celoso agente de tráfico. Unos segundos después, pasó por delante de Kovac, que se había parado junto al bordillo de la acera, y agitó la mano en señal de saludo.

El pistolero se sentía sin fuerzas para reaccionar. Lo último que vio fueron las luces rojas de cola que se alejaban con gradual rapidez.

Poco después, se hallaba en las afueras de la ciudad. Encontró un lugar apropiado y despeñó el coche por un barranco.

—Cuatro automóviles —exclamó después—. Alguien se va a arruinar... Aunque deberían contratarme para resolver la crisis de las industrias automovilísticas...

Echó a andar y, a los pocos minutos, paró un camión que lo llevó al centro de la ciudad. Allí tomó un taxi y se dirigió al encuentro de Nellie y de los dos hampones.

* * *

Las luces de neón eran de varios colores y lucían intermitentemente, formando una gigantesca orquídea en diversos aspectos. El nombre de la casa figuraba debajo de la flor.

Un individuo salió del edificio, caminó unos pasos por la acera y, haciendo saltar las llaves de su coche en la palma de la mano, se dirigió hacia la cercana explanada destinada a parking. Cuando llegaba a su coche, un hombre surgió de la oscuridad y le apuntó con un revólver.

El hombre se tambaleó. En el mismo instante, brilló un vivo foganazo blanco azulado. Lann cayó al suelo y quedó hecho un ovillo al pie del automóvil.

—Perfecto —exclamó Fulton—. Nellie, enséñame la fotografía.

La joven obedeció. Lann se levantó y se limpió las ropas maquinalmente. Fulton contempló la fotografía a la luz de una pequeña linterna y movió la cabeza con gesto complacido.

—Ha quedado muy bien, pero, para mayor seguridad, vamos a repetir la escena. ¿Empezamos de nuevo, Pete?

—Sí, señor.

Lann volvió a la esquina de la casa y emprendió la marcha como antes. Fulton salió a su encuentro y le apuntó a la cabeza. Nellie presionó el disparador de la cámara y el flash emitió otro brillante

fogonazo.

—Creo que será suficiente —dijo el joven momentos más tarde. Alzó la voz—: ¡Fried! ¿Algún problema?

—Todo en orden, señor —contestó Horly desde el borde de la explanada.

El sujeto había quedado allí, como una especie de centinela, mientras los otros tres revivían la escena de la muerte de Shey. Fulton dio por terminada la sesión de trabajo.

—Ya pueden volverse a casa, muchachos —dijo—. Lo siento, pero me parece que ya no voy a emplearles más.

—De todos modos, ha sido un placer trabajar para usted —rió Lann.

—Nos hemos divertido enormemente —agregó Horly.

—Lo celebro —dijo Fulton.

Estrechó las manos de los dos sujetos y dio a cada uno mil dólares.

—Pueden quedarse el coche —indicó, al despedirse.

Lann y su compinche se marcharon. Fulton quedó a solas con la muchacha.

—Gracias por tu ayuda, Nellie —dijo—. Te llevaré a tu casa, si no te importa.

—Encantada, aunque tengo que pedirte algo —manifestó ella.

—¿Necesitas alguna cosa en particular?

—Explicaciones, Dorian.

Fulton aguardó hasta que el coche estuvo en movimiento.

—¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó.

—Ciertos detalles... Por ejemplo, tiras el dinero como si lo fabricases...

El joven sonrió tristemente.

—En cierto modo, es verdad, aunque lo «fabricó» tío Bern. Yo iba a fundar un negocio de planificación de edificios y urbanizaciones. Soy arquitecto, ¿sabes? Esa es la carrera que pude realizar, gracias a la ayuda de mi tío. En cuanto al dinero, le pedí un préstamo, para arrancar con el negocio sin necesidad de entramparme con algún Banco. Tío Bern me prestó un cuarto de millón de forma completamente desinteresada.

—Debe ser un buen negocio —exclamó ella, admirada.

—Lo será, cuando lo haya puesto en marcha —aseguró él—. ¿Qué más quieres saber?

—No sé... Si tienes algo más que decirme...

—Admitiré que mi tío no fue un santo precisamente, pero tampoco un criminal. Era un hombre emprendedor, audaz, lleno de vitalidad... y si dañó a alguien, yo procuraré reparar los perjuicios, cuando me haya sido atribuido el carácter de heredero de sus bienes. De todas formas, son negocios que están en marcha y cuando se venden o traspasan, siempre se pierde dinero, sin contar con los impuestos de la herencia.

No quedará mucho, créeme.

—Me gusta oírte hablar así —sonrió ella—. Después, te marcharás de Holter Bay.

Fulton detuvo el coche bruscamente. Luego se volvió hacia la muchacha, la besó y sonrió a continuación:

—Pero no me iré solo —afirmó.

—¿Quieres que me vaya contigo? —preguntó ella.

—Como señora Fulton, si no tienes inconveniente. Además, tu cargo de bibliotecaria te habrá dado cierta experiencia en el papeleo y yo necesitaré una secretaria de confianza... Nadie mejor que tú, estimo.

—Si, Dorian —contestó Nellie sencillamente.

Poco después, Nellie observó extrañada que el joven se detenía en las inmediaciones de una estación de autobuses.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió.

—Ahí dentro hay máquinas automáticas de fotocopias. No quiero correr riesgos con las fotografías que has tomado esta noche —contestó Fulton.

CAPÍTULO XII

Al día siguiente, por la mañana, Fulton hizo una llamada telefónica: —Señor Potts, le espero a mediodía en la residencia de Bern Caidin-Koph. Roscoe Walleck, Earl Landers, Harvey Upton y Deeva Corbett también asistirán a esa reunión. Son los supervivientes de la fiesta que dio mi tío el quince de mayo. ¿Lo recuerda?

Al otro lado del hilo sonó una exclamación ahogada. Fulton se echó a reír.

—Sí, ya sé que esperaba haberme liquidado, pero, ¿de veras me cree tan tonto como para no examinar el aparato de radio que le compré ayer? Bien, sea puntual y no se demore; le esperamos con impaciencia.

—Allí estaré —prometió Potts con voz ronca.

Fulton colgó el teléfono. Por un momento, pensó en llamar a Nellie, pero decidió abstenerse, a fin de evitar a la muchacha ser testigo de escenas poco agradables. Terminó de arreglarse y salió a la calle.

A las doce empezaron a llegar los invitados. Todos ellos se sentían muy aprensivos. Fulton procuró tranquilizarles, aunque se disculpó por no servirles más que café.

—La casa está abandonada desde la muerte de mi tío y no hay provisiones —dijo—. De todos modos, no tardarán mucho en comer.

—¿Va a venir Potts? —preguntó Deeva.

—Ya está llegando —contestó el joven, a la vez que señalaba con la mano en dirección a una de las ventanas del gran salón de la casa.

Un coche se detuvo en aquel momento. Potts se apeó y, pisando fuerte, se dirigió hacia la casa.

Fulton salió a recibirle. El sujeto se atusó maquinalmente su frondoso bigote.

—Ya estoy aquí —dijo.

El joven lo condujo al salón. Deeva y los otros miraron aprensivamente al recién llegado.

—Señora, caballeros —habló Fulton con acento calmoso—, tengo el gusto de presentarles al asesino de mi tío Bern, de Flick Holloman, de Sara Mortimer, de Osmond Hailey y también de Ralph Dunston, director de *The Globe*. Pero no lo acusaremos de estas muertes, ya que, en realidad, carecemos de las pruebas necesarias, aunque, desde luego, todos sabemos que lo hizo él.

Potts estaba muy tenso, pero procuró sonreír desdeñosamente.

—No sabe lo que se dice... Todo eso no son más que fantasías de un aprendiz de detective, que disfruta jugando a policías...

—No hace falta que siga en ese tono —cortó el joven—. Usted asistió a una fiesta, en esta casa, en una fecha que había declarado hallarse en San Francisco. Pero luego se dio cuenta de que había una fotografía que podía echar por tierra su coartada y empezó a pensar en la mejor

forma de evitar el riesgo de ser descubierto y acusado de la muerte de Bruno Shey.

—No lo hice yo...

—Usted lo mató —acusó Fulton con firmeza—. Ya extorsionaba a varias personas desde hacía tiempo y había cometido uno o dos asesinatos para impresionar a los posibles reacios, entre ellos, mi tío. Pero todos sus planes empezaron a debilitarse, cuando se dio cuenta de que la fotografía publicada en *The Globe* podía resultar decisiva contra usted.

«Intentó conseguir que los asistentes a la fiesta callaran, pero algunos sospechaban ya que era usted el extorsionista que les sacaba elevadas sumas al mes, como “protección”, y dándose cuenta de que tenía un punto débil, se negaron a complacerle. Entonces, no le quedó otro remedio que tratar de destruir las fotografías, los negativos y cuantas copias pudiera hallar. Sin las fotografías, las declaraciones de los testigos no servirían de nada. Pero, por si acaso, quiso curarse en salud, cometiendo algunos asesinatos, con lo que los labios de los supervivientes quedarían sellados por el terror, y si alguno se decidía a hablar, no podría probar nada, sin la fotografía.

»Ocurrió, sin embargo —continuó el joven—, que llegué yo para asistir al entierro de mi tío, y ése fue el factor inesperado que destruyó sus planes, cuando supo que no sólo no había podido destruir todas las fotografías, sino que había copias a cientos. Pero esto tiene una importancia relativa; ciertamente, sería muy difícil probarle esos crímenes. No obstante, tengo pruebas de un asesinato, el que más le preocupó siempre, el de Bruno Shey.

Potts volvió a sonreír.

—Nadie me vio...

—Eso es lo que usted cree —respondió Fulton sin apasionarse un solo momento—. Usted se enteró de que Shey, que era un tipo arrojado y poco dado a componendas, quería darle una buena lección, a fin de que terminase con la extorsión que ejercía contra la señora Corbett. Sabía que Shey era peligroso y decidió eliminarlo. Precisamente, el mismo día quince y menos de una hora después de finalizar la fiesta en esta casa.

—¿Podría probarlo, en todo caso? —preguntó Potts, desafiante.

—Si no pudiera, no le habría llamado.

Hubo un momento de silencio. Fulton advirtió que Potts empezaba a dar crédito a sus palabras.

—Muy bien —dijo Potts—. Pensando en que pudiera causarme algún contratiempo, he venido preparado para contraatacar.

Potts se asomó a una de las ventanas, la abrió y, poniéndose dos dedos en la boca, emitió un penetrante silbido.

Inmediatamente, dos hombres se apearon del coche en que había

llegado el sujeto, flanqueando a una joven que tenía la boca tapada por un esparadrapo y las manos sujetas a la espalda. Fulton se puso rígido al reconocer a Nellie en poder de los dos pistoleros.

* * *

Nellie entró en el salón y sus ojos se posaron angustiosamente en el rostro del joven. Fulton le hizo una seña tranquilizadora.

—No temas, no te pasará nada —dijo.

—Eso depende de usted —aseguró Potts—. Si es cierto que tiene pruebas de que yo maté a Shey, démelas y la dejaré libre. De otro modo, mataré a la chica aquí mismo. Total —añadió cínicamente—, no me va a pasar mucho más por otra muerte, ¿no le parece?

Los demás espectadores de la escena permanecían, en silencio, Al cabo de unos momentos, Fulton hizo un gesto de aquiescencia.

—Está bien, suéltela —dijo.

—Las pruebas —exigió Potts.

Fulton sacó una cartulina del bolsillo.

—Le fotografiaron cuando disparaba sobre Shey —dijo.

Deeva lanzó un grito de asombro. Potts se puso lívido.

—No hubo fotógrafos en las inmediaciones.

Fulton le entregó la fotografía.

—Véalo usted mismo —dijo.

Se acercó a Nellie y, con cuidado, le quitó el esparadrapo de la boca. Luego desató sus manos y la condujo al otro lado del salón, en un silencio denso, ominoso.

Potts contemplaba la fotografía que sostenía con manos temblorosas. Su rostro había perdido el color por completo.

—Pero yo no vi... No había fotógrafos...

—Esa fotografía no miente —dijo Fulton, impassible.

—Así que lo mató él —exclamó Deeva, rabiosa.

Sonriendo, Fulton sacó otra cartulina y la puso en manos de la mujer.

—Guárdala como recuerdo —indicó.

Ella miró las fotografías unos segundos. De pronto, abrió la boca para decir algo, pero se calló sin haber pronunciado una sola palabra.

—Potts —dijo el joven—, si quiere, puede matarnos a todos, pero no le servirá de nada. A estas horas, la policía ha recibido ya unas cuantas copias de esa fotografía y, aunque algunos de sus miembros han estado haciendo la vista gorda durante todo este tiempo, no podrán permanecer ahora inactivos. Sobre todo, si tenemos en cuenta que *The Globe* sigue publicándose y que mañana saldrá esa escena en la primera plana.

De repente, Kovac dio un paso hacia adelante.

—¿Es cierto todo lo que ha dicho, Fulton? —preguntó.

Sin dejar de sonreír, Fulton sacó otra copia y la puso en manos del

pistolero.

—Tengo más, tengo decenas... Anoche gasté todo el papel de una fotocopidora automática. El original, por supuesto, está en color, pero las copias en blanco y negro han salido casi perfectas.

Kovac contempló la cartulina durante unos momentos. Luego se volvió hacia su compinche y le consultó con la mirada.

Banger movió la cabeza afirmativamente. Kovac dirigió la vista al joven.

—Nos ha destrozado usted cuatro coches y se ha burlado lindamente de nosotros, pero no le guardamos rencor. Usted tenía que hacer un trabajo y nosotros otro. Ahora bien, resulta que, en realidad, no dependemos de Potts; simplemente, le controlamos. Sobre todo, desde que perdió ochenta mil dólares en Las Vegas y luego se olvidó de pagar una comisión a ciertas personas, a las que había prometido muchas cosas, ninguna cumplida. Y puesto que no va a tener éxito ni podrá pagar sus deudas, nosotros cumpliremos las órdenes que nos dieron, aunque, lógicamente, no les diremos quiénes. ¿Sholto?

—Estoy listo, Rand —contestó Banger.

Entonces, los dos pistoleros sacaron sendos revólveres y, a cuatro pasos de distancia, acribillaron a balazos a Potts.

El asesino cayó sin lanzar un grito. Kovac emprendió la retirada hacia la puerta, seguido de su compinche.

—Olvídenos —ordenó—. No nos conocen, no nos han visto jamás y... ¡Vamos, Sholto!

Los pistoleros echaron a correr. Alcanzaron el jardín y ya se disponían a subir al coche cuando, de pronto, se oyó el trueno de una potente voz que llegaba desde un altoparlante escondido en alguna parte:

—¡Tiren las armas y entréguese!

Banger se detuvo un momento, pero el otro saltó del coche y lo puso en marcha. Banger se sentó a su lado y el automóvil arrancó a toda velocidad.

Dos metrallas tabletearon ruidosamente desde lugares opuestos. El cristal del parabrisas voló en millares de fragmentos. Kovac, alcanzado en pleno rostro, se dobló sobre el volante. La bocina seguía sonando después de que el automóvil se hubiera estrellado contra un árbol.

Los policías empezaron a abandonar sus escondites. Fulton se acercó a Nellie y pasó una mano por encima de sus hombros.

—Bueno, creo que ya ha terminado todo —dijo.

—Dorian, ¿no hay una botella en alguna parte? —preguntó Deeva con voz débil.

—El señor Walleck conoce la casa mejor que yo —indicó Fulton.

—Sí, ahora mismo —dijo el aludido.

Los otros se acercaron al joven y le dieron las gracias efusivamente, mientras los policías empezaban a inundar la casa.

—Lo hice en memoria de mi tío —declaró Fulton—. Algunas personas pensaban que era un canalla, pero yo tenía una opinión muy distinta de él.

Al hablar así, miraba a Deeva. La señora Corbett enrojeció.

—No he cambiado de parecer —dijo.

—Si te hizo algún daño, procuraré compensarlo —respondió Fulton.

Walleck trajo la botella. Fulton hizo que Nellie tomase unos sorbos de coñac, para reponerse de la impresión sufrida al verse secuestrada. Un oficial empezó a tomar declaración a los testigos de la escena.

Deeva se disponía a salir; ya le habían dado permiso para marcharse. De pronto, se volvió hacia Fulton.

—Dorian, ¿cómo se te ocurrió el truco?

—¿Qué truco? —preguntó el joven.

—El de la fotografía, hombre. La «víctima» se parece a Bruno, pero no es él.

—¿Cómo lo has sabido?

Deeva lanzó una risita.

—Bruno llevaba siempre algo que jamás se quitaba de la muñeca; el reloj de oro que yo le había regalado. Lo usaba, además, en la derecha. Al caer, estira el brazo y se ve perfectamente que falta el reloj.

—Debieras habérmelo advertido, cuando te pedí detalles sobre la indumentaria de Bruno.

—Si entonces me lo hubieras dicho...

—No podía correr ese riesgo, compéndelo.

—Sí, claro. —Deeva fijó la vista en la muchacha—. Es una preciosidad —calificó.

Fulton atrajo a Nellie hacia sí.

—Estoy de acuerdo contigo —repuso.

Walleck se acercó en aquel momento.

—Bien, señor Fulton, cuando quiera, venga a mi despacho y hablaremos de la herencia. Algo le quedará, no tenga dudas.

—He conseguido algo mejor que dinero —sonrió Fulton.

—Sí, comprendo... —Walleck meneó la cabeza—. No comprendo cómo Potts pudo comprometerse con una organización tan poderosa...

—Se dio cuenta, pero demasiado tarde, de que no tenía la fuerza suficiente para desarrollar sus planes por sí solo. Fracasó y esa clase de organización no perdona los fracasos. Ni las deudas, claro.

—Bien, en todo caso, ya no tenemos que preocuparnos más por él. Señorita Haversham, mis felicitaciones por adelantado —se despidió Walleck.

Fulton y la muchacha caminaron hacia la puerta.

—Un día, todo esto nos parecerá una pesadilla —dijo él.

—Bien, pero al menos ha servido para que nos conozcamos —contestó

Nellie.

—Servirá para mucho más, para estar juntos toda la vida, ¿no te parece?

—Sí, toda la vida —suspiró ella.

F I N

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII